

# Mosaico

Pedro Carbonell Castillero

# Mosaico

## VICISITUDES EN DIFERENTES ÁMBITOS

(21-06-2005)

Nada quedaba sino un suspiro. Abandonaste el cementerio y dejaste inmóviles en el tiempo a tus padres, a causa de su fatal accidente. Hiciste las maletas y marchaste, después de haber permanecido toda la vida en una ciudad dormitorio tan anónima como tú, al pueblo que siempre creíste que era tu sueño, transmutado ahora a la realidad.

*Pi*, pitó el tren. Descendiste de él al llegar a destino y, volviendo una esquina engastada con piedras semipreciosas, te abocaste al desconocido escenario para acabar alojándote en una pensión.

El primer objetivo era encontrar trabajo, y lo conseguiste, en tanto las viejas que cantan, que saltan, que bailan, y cuya capacidad de manejar información respecto a los asuntos locales es omnímoda, casi al instante te adjudicaron mote.

Extraño te resultó que en tu primer día laboral fueses introducido en la parte trasera de una furgoneta repleta de inmigrantes que desprendían un poderoso olor a añejo, os trasladaran a unos barracones de aluminio con apenas los servicios indispensables, e hirvientes por el derretido sol del verano, y allí quedarais hacinados como cerdos.

Trabajo había en exceso, pero apenas se pagaba semejante esfuerzo; esfuerzo rural de vendimiar, recoger aceitunas o recolectar patatas, por ejemplo, según la temporada. Te hartaste y le comentaste a tus explotadores que querías marcharte; y la consecuencia fue que te sustrajeron la documentación, con el aliño añadido de una buena paliza

para que no te cupieran dudas sobre cuáles eran tus derechos. Con mucho dolor físico y moral te mantuviste en las forzosas labores hasta que decidiste escapar aprovisionándote de una botella de agua, sobras de la escasa comida que os adjudicaban y el poco dinero que pudiste reunir. En una noche cerrada marchaste y caminaste sin cesar. Al cabo de horas errando por campos hostiles, a mediodía vislumbraste en la lejanía el pueblecito que ya conocías. Se armó un gran revuelo cuando te vieron llegar. Tal escándalo al verte formó en tu mente lo evidente: debías recoger tus enseres, que permanecían en la pensión, y marcharte de allí cuanto antes.

Los del hospedaje dijeron que no te conocían ni que tal persona con semejante nombre se había inscrito allí, y, por supuesto, no tenían sus efectos personales.

Debías darte prisa en salir, hacerlo antes de que llegaran los esclavistas y volvieran a capturarte. Corriste, corriste hasta alcanzar la vía del tren. Logrado el objetivo, anduviste sobre ella con la intención de ir a dar con el pueblo más cercano que tuviera estación.

Llegaste a una pequeña villa con apeadero. Tu estado era de agotamiento absoluto, sin apenas aliento. Adquiriste con tu poco dinero un billete de ida para la gran ciudad. Durante el trayecto de vuelta, descansando en un mullido asiento, pensaste en si vender el piso que heredaste y dejaste en alquiler. Los negreros tomaron también tu cartilla de ahorros, y debido a ello no tenías acceso a la renta del arrendamiento; tampoco era seguro que los inquilinos siguiesen pagando, por lo cual te sumías en la incertidumbre de si el dinero se estaba acumulando, o no.

Había que denunciar. Pero... ¿te iban a creer? Concluiste en que lo primero a realizar era hacer gestiones para volver a ser alguien, pues bien sabido es que nadie eres en este mundo si no tienes documentación.

Durante los primeros días en la ciudad tuviste que dormir en bancos de los parques; y cuando la noche era fría, optabas por cajeros automáticos interiores: los situados en las antesalas de las oficinas. Mientras tanto, te esforzabas por reunir la documentación y, ya sin dinero, pedías limosna para poder comer, hasta que localizaste un albergue. La tentación de consumir drogas para aturdirte y olvidar tanta desgracia fue enorme, pero eras fuerte y no sucumbiste. Se resolvieron al fin los problemas burocráticos y decidiste vender el pisito a un especulador que se autodenominaba inversor, para comprar una pequeña embarcación y vivir en el mar pero cerca de la costa, regresando a puerto sólo cuando fuese indispensable, como lo era el hecho de adquirir lo básico para ti y tu barco. El poco dinero que necesitabas para ir tirando lo conseguiste mediante los Servicios Sociales, pues hubo suerte y te adjudicaron una pequeña y aliviante ayuda pecuniaria; además acudías a organizaciones no gubernamentales que sobre todo suministraban comida y ropa.

Allí en el mar te entretenías pescando y escuchando la radio. Esperabas casi con ansiedad a que llegase el momento de emisión de un programa realizado por locutores diagnosticados como enfermos mentales. Sin saber por qué, tenías la sensación de que ellos eran un poco como parte de ti (en el fondo resultaba que tú, aunque no lo supieras, eras todos ellos). Te caía mal uno nuevo, un tal Pablo, que, según explicaba él

mismo, le dio por creerse un Mesías aleccionado por Dios, y se entretenía dando largos paseos caminando sobre las aguas, hasta que una moto náutica lo atropelló. Cierta día, hubo debate sobre las diferencias entre la vida campestre y la vida urbana. *El campo o la ciudad, el campo o la ciudad...* ¡Ay señor, a mí qué me van a explicar!, pensaste con disgusto. Y desde la hamaca, sin querer escuchar más, lanzaste el anzuelo al mar.

## DE LA LUNA

(28-06-2005)

A menudo ha sido nuestra luna fuente de inspiración de los poetas, pero aquí se hablará de asuntos más prosaicos respecto a ella, como por ejemplo su participación en la literatura de viajes, además de un puñado de opiniones sobre este astro y su influencia en el ser humano.

La primera narración que conocemos sobre un viaje a la Luna, data del siglo II D. C., y su autor es el sirio Luciano de Samosata. En este relato se alcanza nuestro satélite del siguiente modo: un navío resulta atrapado en una tromba marina, y acaba alzándolo tanto en el aire, que lo deposita en la Luna.

En 1638 apareció *El hombre en la Luna*, escrito por un sacerdote inglés, Francis Godwin. Aquí el viaje se realiza gracias a un carro empujado por grandes gansos que emigran anualmente a la Luna. A partir de esta obra, desde Cyrano de Berguerac hasta Isaac Newton, se

aplican en la ficción desarrollos bastante más científicos de cómo llegar a ella, puesto que la naturaleza de la presión del aire se comprendió en 1643, y se vio que la atmósfera de la Tierra sólo podía extenderse a unos escasos kilómetros más allá de su superficie.

Aseguran que el Hombre ha pisado ese astro, tan próximo y aún tan enigmático.

Opino que, cuando tengamos a nuestro abasto la tecnología adecuada, hay que instalar allí la primera base extraterrestre, y usarla como lanzadera para una posible conquista espacial. Aunque esto, si fuésemos unas criaturas consecuentes, deberíamos realizarlo después de haber mitigado los problemas inherentes a nuestra especie.

No confío mucho en el ser humano, pero espero que los hijos de nuestros hijos sean seres dotados de mejor sentido común que los ciudadanos de hoy. Si conseguimos evitar nuestra propia extinción, qué duda cabe que debemos proliferar y expandirnos. La ruleta se ha puesto en marcha. Suerte.

## PROFUNDIDAD

(19-07-2005)

La profundidad de los hechos, de las palabras, de las cosas en general, es relativa: podemos estar degustando un plato exquisito, y nuestra mente encontrarse en Babia. Sin embargo, imagínate que hace

cuatro días que no pruebas bocado, y en la calle, tirado en el suelo, te encuentras medio emparedado de chorizo, mordisqueado, lleno de hormigas y el pan reseco porque hace tres días que lo depositaron allí.

Ahora retrocederemos un poco en el tiempo, e intentaremos dilucidar lo que pensó el saciado personaje que arrojó allí el mencionado trozo de bocata: *No tengo hambre*, casi seguro que es la cuña que atravesó su mente. Y ¡pam!, lanza el preciado alimento en un alcorque, junto a un tronco de árbol atiborrado de orines y cacas de perro. Y de este modo permanece el nutriente a la espera de que te salves gracias a él. (Se supone que durante todos esos días ningún animal o persona más necesitados que tú lo encuentra.)

¿Qué puede hacerse en una situación así, tan hambrientamente desesperada? Pues comer. Y mientras masticas el delicioso y reseco pan con embutido te sobrevienen pensamientos y recuerdos tan profundos como..., no sé: ¿quizá la primera vez que mamaste de la teta de tu madre? No; demasiado joven para poder evocarlos.

Es posible que entretanto deglutes la tira de intestino que cubre el chorizo, esa que siempre se engancha entre los dientes, comiences a pensar en aquel logaritmo neperiano que te hizo suspender las matemáticas del tercer curso y..., y lo resuelves, oye, que sí, que funciona, que esto es profundo.

Ahora dejamos de lado el bocadillo y hablaremos de lo que en verdad es trascendental y profundo en nuestras vidas: el momento en que hacemos el amor por primera vez: ese instante tan delicado que, aunque nadie se lo crea, es más importante para un hombre que para una mujer.



Porque... es..., es que a mí me pasó: se pone uno nervioso y cuesta acertar. Al final la chica, ya aburrída, hace señales, indica, intenta guiar..., pero no, ni así. Ya disimulando un bostezo, te la sujeta y la sitúa; entonces tú empujas y empujas y piensas: *Caramba, ¡qué profundo es esto!*

## LOS GRITOS

(26-07-2005)

Ya me había vestido cuando ella se dirigió al baño. Aproveché para hurgar en su bolso. Le robé un billete de los pequeños porque soy hombre honrado, pero paso mucha hambre.

-Siento que no haya salido todo lo bien que nos hubiese gustado – dije, mezclándose mi voz con el sonido del chorrillo del bidé. Ella respondió:

-No te preocupes, un gatillazo lo tiene cualquiera...

Se calló porque en ese momento un estrépito de cristales rotos nos indicó que algo había atravesado la ventana. Me incliné y vi el orificio del impacto de la bala, que se había incrustado en el lateral de grueso del colchón, a mi lado. Ka Chaos en Polvo me había localizado. Salí de la estancia echando a correr a la vez que, alarmada, la chica acudía al lugar crítico para enterarse de lo que había pasado. No me dio tiempo a comprender lo que su miedo farfullaba.

Abajo, en la calle, me dirigí a un sitio seguro, allí donde nunca se les ocurriría mirar: un bar. Ka Caos en Polvo se encargó en su momento de bloquearme las cuentas y en consecuencia imaginaban bien que yo, Pere Paranoias, carecía de liquidez. Pero tenía el pequeño billete que tomé prestado del bolso de la muchacha.

Me senté a la barra y pedí un zumo de patata excitada y un bocadillo de chorizo mientras observaba de reojo, a través de la cristalera del local, a mis espaldas, cómo los individuos vestidos con camisetas que llevaban inscritas estas palabras: “Somos Ka Caos en Polvo y buscamos a Pere Paranoias. Si por casualidad nos equivocamos y lo matamos a usted, no se preocupe: nuestro seguro indemnizará debidamente a su familia”, por fin desaparecían.

Eran las cuatro de la tarde y fijé la mirada en el monitor de televisión, que estaba sintonizado en un canal donde emitían documentales. Me pareció cosa normal, porque ya se sabe lo que dicen las encuestas: son los documentales lo que a la gente más le agrada ver. En la pantalla, un individuo comentaba algo sobre branes, supercuerdas y la película ondulante que irradia en las ignotas oquedades de las cuatro fuerzas conocidas de la naturaleza.

Resultaba fascinante creer en que la gravedad no estuviera por completo cubierta de semejante pátina y pudiese viajar de una brane a otra. Procesando en mi mente la información del programa televisivo a medida que me iba llegando, imaginaba corpúsculos “estirándose” para dar pie al espaciotiempo. También creí intuir que la gravedad no era una fuerza sino la consecuencia de las otras tres; que el universo era plano

debido a algo parecido a una presión que ejercían las branes, y por ello resultaba ser más pequeño de lo que creíamos.

Si dividimos el espaciotiempo en dos conceptos, o sea, si lo situamos tal y como la mente humana lo percibe: “espacio” por un lado y “tiempo” por el otro, podría decirse que el espacio posee la gravedad para dimensionarse; y sin embargo el tiempo..., el tiempo tiene la memoria -para autoabastecerse y convertirse en permanente realidad-, pero no el recuerdo y el consiguiente proceso de gestionar información..., hasta nuestro advenimiento.

Vivimos en un agujero negro: la luz deja atrás a la materia, que es más lenta, para adentrarse en la nada -y al ser *nada*, no puede impedir la incursión de los fotones-, pero la fuerza gravitacional de la materia provoca que incluso el haz de luz más lejano se desplome, se tuerza y retorne, con miles de millones de años de antigüedad ya. Entonces, cuando observamos los objetos más lejanos del universo, como pueden ser los cuásares, en realidad lo que vemos es luz de ellos que regresa, y en consecuencia, con el transcurrir objetivo del tiempo esos cuerpos, los cuásares, han resultado desplazados, y podrían ser para nosotros, muchos de ellos, el mismo objeto a la vez, con diferentes formas, tamaños y distancias, según la fuente temporal de luz que nos llegue. Por ejemplo, algo que suponemos es una nebulosa muy lejana, en realidad podría ser la galaxia de Andrómeda en estado primitivo; sólo sucede que la que reconocemos como tal nos envía su luz más reciente y directa.

El universo no es tan grande como siempre hemos creído y está lleno de espejismos; además, desde un supuesto afuera no se puede ver

porque no llega respuesta lumínica: esto, y su inmensa masa, es lo que lo convierte en un agujero negro.

Ahora pensemos en que para alcanzar la velocidad de la luz necesitamos toda la energía existente, el factor *Tau*, y que para enfriar algo a temperatura de cero grados Kelvin, y en consecuencia su velocidad sea cero, también necesitamos insuflar energía de un modo geométrico para descender de forma aritmética. Es decir: tanto para alcanzar la velocidad máxima que se puede desarrollar como para lo contrario, un estatismo total, necesitamos el potencial absoluto. Resolución: el Todo y la Nada son la misma cosa. Si hubiera un observador para ambas condiciones, no podría distinguir si ese punto de “nada” o de “todo” se mueve o no, porque no hay referencias posibles y el resultado es el mismo: algo que ha necesitado de toda la energía del universo para moverse al máximo, o a la inversa, quedar por completo quieto, y sin embargo no puede distinguirse esa supuesta diferencia.

Tras esta exposición interna de una teoría sin fórmulas que parecía encauzar las disensiones entre la relatividad y la mecánica cuántica, el orden y el caos....; es decir, darme cuenta de que todo eso resultaba ser la misma cosa, provocó que algo en mí se diluyese. Al instante supe que se me dissociaba, y además hallé el motivo de mi hasta ahora inexplicable asedio por parte de Ka Caos en Polvo. Me aterró al pensar en que divagaría en el gris túnel de la nada cuando muriera, por carecer, a partir de ese instante de perdición para mí, de ella, de la mía, debido a que ahí, en el bar, marchó de mi cuerpo. Y grité, grité como un poseído. “Aquí está”, escuché antes de desmayarme.

Me he convertido en la mascota del frenopático, mejor dicho, del doctor Gruizma. A menudo lo acompaño a cuatro patas, desnudo. Le encanta lanzar su pelota de goma cuando estamos en los jardines, y que yo corra a buscarla para cogerla con la boca y llegar hasta él y depositarla en el suelo, a sus pies; y así continuamente hasta que se cansa del juego.

-Buen perrito, Paranoias –dice el doctor Gruizma mientras me acaricia el lomo; y yo, gratificado, sonrío jadeante, los ojos bizcos y meneando el culo y sus aledaños. Y es que adoro el alma del doctor Gruizma.

-Paranoias, Paranoias –prosigue-, ¿comprendes ya que las cosas son como son porque no pueden ser de otra manera, y que el caos es el instrumento del poder? En efecto, has derivado hasta esta situación por haberlo entendido, Paranoias, y esto conlleva que estés para siempre sumido en la locura. Gracias a ésta has tenido suerte y podido sobrevivir, que no te hayamos eliminado, en resumidas cuentas; pero eso sí, a cambio de no suministrarte neurolépticos y permanecer encerrado aquí de por vida: en tu universo subjetivo y deforme, alienado, del que jamás podrás escapar, buen perrito.

Lo que yo diga: adoro su alma.

Hará como unos tres meses que estoy en este sitio y ya he conseguido un arma; se trata de un cristal roto con filos agudísimos: son más cortantes que el de un cuchillo jamonero. Me he afanado para convertirlo en algo similar a un puñal, al añadirle un mango a base de

trapos sujetos con cinta aislante. Lo tengo escondido en un sitio discreto, por el que apenas pasa gente.

Ha llegado el momento, y hago, dejando la pelota poco a poco más cerca de donde tengo el cristal, que el doctor Gruizma se aproxime al lugar. Entonces me yergo y le digo:

-Tiene razón en una cosa, doctor: su premisa de que el mundo es como es porque no puede ser de otra manera, resulta axiomática. –Viene hacia mí; su rostro manifiesta sorpresa.

-Vaya, vaya; si aún eres capaz de hablar y de permanecer erguido...

-Sí, pero continuemos. La otra máxima, la de que el caos es el instrumento del poder, es errónea por una simple cuestión de... ¿sintaxis, podríamos decir? Resulta que es el poder el instrumento del caos, y no lo contrario. –Avanzo unos pasos, me agacho e introduzco la mano bajo un matorral, a tientas pero con precaución para no cortarme, y cojo el arma. Vuelvo a incorporarme y miro al doctor. Pronto advierte qué sujetan mis dedos, y se coloca a mi lado, benevolente.

-Anda, dame eso, perrito bueno; sabes muy bien que los locos no pueden matar a conciencia y de modo planificado.

Sólo pronunciadas estas palabras, noto que mi sonrisa se vuelve maligna, a la vez que cierro los párpados sin llegar a unirlos. Y de algún modo adivino que mis pupilas pasan del negro a un rojo ígneo que deviene del infierno.

-¿Y usted cómo puede asegurar que yo esté loco? –Demasiado tarde se da cuenta de su error e intenta retroceder, pero está aún cerca de mi brazo, que se abalanza como un áspid, de modo maestro y atroz. El

arma alcanza su garganta y logra incluso atravesar el intersticio de dos vértebras; la cabeza queda colgando del cuerpo sólo gracias a los tejidos blandos posteriores del cuello; la mirada atónita vidria el cielo, y un chorro inusitado de sangre surge de la herida para regar el suelo.

Sujeto el cuerpo sin dejar que se desplome, y miro sus ojos.

Todavía hay tiempo pero debo darme prisa. La desesperación y el instinto saben cómo hacerlo: me introduzco por el orificio abierto y capturo, antes de que se evada, lo que perdí en el bar: mi alma. La del doctor al principio me repugna porque está, es sucia, pero en seguida la hago mía y la limpio. Salgo cubierto de sangre y de otros humores del cuerpo ya sin vida, y siento cómo me envuelven sensaciones de poder y plenitud.

Entonces lanzo un grito desgarrador, caótico y a la vez inaugurador de un nuevo orden, un grito tan brutal, que se esparce por todo el universo, dirigiéndose hacia una eternidad que me había aguardado, y que esta vez sí, me arrastra consigo para que no pueda volver a cuestionarla.

## EL JUEGO Y LA MAGIA

(06-09-2005)

Los chavales habían acudido al campo para hacer una barbacoa y pasárselo bien.

Pepito, buena gente sin duda, y del cual era sabido por todos que se acostaba con un conocido suyo, “el amigo del cuarto piso”, a cambio de cincuenta euros por sesión, se separó del grupo para ir a buscar setas. No tenía ni puta idea de cuáles eran comestibles y cuáles venenosas, y sin embargo, como por arte de magia, sabía que un duendecillo se presentaría y lo instruiría en el arte de escoger los hongos adecuados.

-¡Hostia! Me advirtieron que vendría, pero resulta ser un duende bastante grandote usted; por lo menos mide un metro –dijo sorprendido Pepito cuando columbró la diminuta figura que se le aproximaba.

-¿Duende, *follet*? ¿Qué *dius, noi*? Lo que pasa es que soy un catalán *molt* “bajitu” *i porto* barretina.

Pepito le dio unas palmaditas amistosas en el hombro para que el buen hombre redujera su estado de irritabilidad.

-Lo siento, sucede que alguien que todo lo sabe pero es un poco despistado, me advirtió que vendría otra cosa, no un señor pequeñito.

-Ya. El de *sempre*.

-Pues... sí; ése.

-Bueno, bueno..., *ja* que *soc jo* aquí, en el lugar de tu duende, os recomiendo que comáis... (Lo digo en plural porque cuando pasaba por los matojos he visto que te separabas de un grupo de chicos y chicas). Que comáis, repito, esas setas que ves, tan bonitas, de color rojo con pintas blancas.

-¿Están buenas? –preguntó Pepito.

-No. Pero veréis muchos elefantes rosas en monopatín.

-¿En serio?... ¡Qué flipe, tío!



-Sí. Y veréis también muchos gnomos, elfos, náyades, nereidas, sífilis..., perdón, sílfides y cosas así. Más tarde vuestra fuerza se incrementará y empezareis a correr dios sabe adónde, a la búsqueda de gastar una energía prodigiosa; así que intentad no haceros daño. El único problema de este hongo es que a menudo pide a gritos ser eliminado del cuerpo... Pues..., *bé...*, *això...*, que pueden entraros unos cólicos de miedo. Supongo que habéis traído papel higiénico...

-Ahora que lo dice..., creo que no; pero en fin, siempre nos queda el recurso último. Ya sabe: tengo en la mochila un ejemplar de la Constitución, esa en la que se cisca todo quisqui.

-Ah. *Allavorans, cap problema. Bé, m'en vaig*, que he de *recullir garrofes pels conills. Adéu.*

-*Adéu, adéu.*

Pepito pensó que semejante experiencia debía probarse. Se hartó de recolectar setas de ese tipo, y cuando consideró que ya tenía bastantes, acudió junto a sus compañeros y les contó las maravillas que producían en el ser humano. Hubo unanimidad en comerlas y gozar de sus prodigiosos efectos. Así lo hicieron, y comprobaron que los bichos, los insectos, se volvían mágicos: una cigarra no era tal, se trataba de alguien que hacía sonar a piano una genial sonata de Mozart. Una libélula no era una libélula, era un helicóptero último modelo de las fuerzas armadas. ¿Y los objetos? Las nubes, por ejemplo, eran los elefantes de color rosa que había citado el catalán bajito.

Cada cual veía las cosas a su manera, pero en un momento dado, hubo una alucinación colectiva; se trataba de lo que los entendidos

denominan “un mal viaje”: estaban todos en una mina muy calurosa y profunda, con sus últimas reservas de luz artificial, y apartaban piedras sin parar debido a que habían quedado atrapados en un derrumbe. Sentían pánico porque su supuesta gran fuerza se les agotaba.

Intentaban salir de la alucinación, pero no fueron rescatados.

## FRÁGIL ES EL RECUERDO

(13-09-2005)

-El recuerdo..., el recuerdo se transmuta y posee la capacidad de volverse evocador u odioso dependiendo de las circunstancias y del momento. Nunca se recoge en él una misma perspectiva, y queda difuminado como una amalgama en el crisol de la conciencia. El recuerdo es frágil, desdeñoso, y desaparece con nosotros. -Después de estas palabras, la anciana abandonó el sillón y recorrió unos pasos para coger de la mesa un papel en el que había un texto.

-Esto mismo, lo escrito, que resulta casi imperecedero y sobrepasa a la memoria humana –prosiguió, agitando la hoja-, después de leerlo se te desvanecerá poco a poco; sólo quedará una impronta, un vestigio de lo que percibiste...

-¿De quién son estos párrafos? –pregunté mientras le arrebatava el papel y lo ojeaba. Ella volvió a sentarse.

-Es un fragmento, un pasaje literario del que será uno de los más grandes escritores de este siglo.

-¿Cómo puede estar tan segura de lo que dice?

-Porque las pocas palabras que hay ahí se remiten a un recuerdo, a una experiencia real; y sobre todo, porque lo en verdad auténtico es su final, la eclosión de impotencia que nos transmite. Léelo –ordenó la mujer de rostro arrugado y pelo cano, estragada por un colosal pasado y por su conocimiento del implacable transcurrir de los días que se estrechan.

Comencé a leer para los dos:

-<<Tremendo calor cuando vino a buscarme.

>>La muchacha del bar me indicó que alguien afuera preguntaba por mí.

>>Sonrió mi ceñudo rostro cuando divisó su silueta devastada por un pasado de penurias. La boca carente de maxilar superior derecho mostraba un trazo difuso, entre alegre y preocupado; su cuerpo, pequeño y senil con años de adelanto, se resguardaba en el resquicio de sombra que dividía en paralelo la estrecha acera; y detrás estallaba el sol sobre las losetas y el asfalto semiderretido.

>>Era por la tarde. En el local, excepto yo, no había clientes, y me aburría como una araña en medio de su tela.

>>-¿Qué quieres, mamá? –pregunté.

>>-Te llevan a Murcia –respondió entretanto cruzaba los brazos; su pequeña figura encorvada bajo el caparazón de la joroba.

>>Me giré hacia la camarera.

>>-¿Has oído? ¡Voy a Murcia! –exclamé.

>>-Pues venga, que vaya bien.

>>-¡Voy a Murcia! –repetí alzando los brazos.

>>Me sentía entusiasmado; era la primera vez que salía de mi tierra, que marchaba tan lejos.

>>Cuando estábamos a mitad del recorrido hacia casa, dijo mi madre:

>>-Qué tontorrón eres... ¿Por qué lo haces? La vida sigue y a mí me tienes que olvidar. Y también al papa.

>>De repente triste al escuchar su comentario, me detuve bruscamente y la abracé con fuerza.

>>-Sabes que no puedo olvidarte.

>>-Tienes que poder, hijo, tienes que poder.

>>Su silueta se difuminaba, traslúcida contra el sol, borrosa tras los cristales que cubren mis ojos miopes; y vaporosa, como neblinosos jirones de gasa, al tacto.>>

Cambié el foco visual, del papel a la anciana.

-Ya está leído. ¿Y dice usted que es el final lo más real de este fragmento? Pues no he entendido nada en absoluto.

-¿Te das cuenta? Tú mismo eres ejemplo de que el recuerdo es frágil, único en cada secuencia, e irrecuperable –respondió.

-Por favor, señora, no me deje con la duda. –Hice por acercarme a ella, para cogerle la mano. De repente, su cabeza se transformó en calavera y se desprendió del apestoso amasijo de carne con gusanos que había quedado sentado en el sillón, y con hueco y aleatorio sonido, rodó

por el suelo unos instantes, antes de convertirse en polvo e introducirse en algo tan enigmático y frágil como es la nada.

## DEBO MADRUGAR, PERO NO VIVO MAL

(20-09-2005)

El sol en esta época del año sale muy temprano. Veré el amanecer mientras voy a la búsqueda de mi sustento diario.

Yo hubiera podido ser alguien importante, pero heme aquí, levantándome en medio de este desbarajuste que tengo por dormitorio. ¡Uff! Hará mucho calor; desde luego que el sol de ahora no es invernal: avasalla.

Reunamos los pertrechos, sujetemos la puerta con el alambre para que no se abra sola, y reanudemos una jornada más.

Vaya, mira a quién encuentro primero: al loco ese que dice que lo manipulaban y se reían de él en un programa nocturno de radio.

Veamos. Aquí, nada. Bueno, sí, la cena de un noctámbulo derramada por el suelo. ¡Ah!: ahí está el interfecto, reposando la mona en ese portal.

El cielo está iluminado, ¿quién lo desiluminará? La “peña” se dirige al trabajo; como yo. Parecen mecanismos, robots ciegos, sonámbulos que caminan para acudir a un destino que los despierta e introduce en pesadillas de vigilia. Pero así son las cosas; los trabajos del

obrero nunca son buenos. Seguro que a estas horas no transitan por aquí empleados de banca.

Tengo un poco de resaca, ayer me excedí con el vino; y mira que soy resistente al alcohol como pocos. Las ruedas del carrito chirrían demasiado y giran a trompicones; tendré que hacer alguna chapuza para arreglarlas porque, como siempre, estoy sin un céntimo y no puedo comprar otro chisme de estos. A veces te encuentras junto a los contenedores alguno que está en óptimo estado.

Por ahí va el pintor. Es buen tipo, y no bebe, pero se gasta casi todo el sueldo jugando a las tragaperras. Nadie es perfecto... ¡Hey! ¿A ver?... Sí, es un monitor de ordenador, junto a un montón de cables. Hay bastante cobre. No está mal, no está mal para comenzar. Si tengo suerte, hoy no deberé hacer demasiado recorrido para costearme lo mínimo: el par de bocadillos y los consabidos cartones de vino.

## SOBRE ESTAR EN BLANCO

(27-09-2005)

A menudo no se hallan palabras para definir algo tan inconcreto como puede ser el hecho de encontrarse mentalmente en blanco. Es difícil aproximarse a experiencias de esta índole, y aún más complicado resulta concebirlas si no se han vivido. El prototipo de semejantes situaciones es la enfermedad mental: cerebros que en un momento

determinado han padecido para poder regir con corrección, o sencillamente han sido incapaces de pensar. Es frecuente que la situación de encontrarse en blanco en tales universos subjetivos se dé poco después de haber sufrido una importante crisis delirante. A causa del brote de demencia, o puede que debido a la administración de medicamentos –lo más frecuente es la combinación de ambos factores-, los sujetos afectados a menudo pasan por una temporada en la cual su capacidad para pensar es casi nula, hasta que se recuperan.

Sé de alguien, y no es broma, que caminaba por la calle y se le escapaban pedos sin ni siquiera percatarse de ello –me comentó esa persona que un residuo de conciencia le decía: “¿Se me ha ‘caído’ un cuesco?”-. También aseguró que cruzaba las calles sin tomar precauciones ante el paso de vehículos –su mente en blanco, inexistente-, y más de una vez algún coche tuvo que realizar un frenazo brusco para evitar el atropello. Supone que algunos conductores lo insultaban; y digo “supone” porque no captaba el significado de los furiosos gritos a él dirigidos. Le ocurría todo esto y otras cosas que no recuerda debido a que, como digo, su mente estuvo en blanco durante un intervalo de tiempo bastante extenso –agradece en su interior que semejante estado de “no existencia” acabase diluyéndose-. Ahora sólo espera no tener más brotes psicóticos.

DESCONECTAR

(04-10-2005)

Pepito desconectó la radio, la televisión, la mano de la manguera, el despertador... Lo desconectó todo porque el ruido unificado de tales elementos le producían desconcierto y malhumor; acababa por no enterarse de nada y quien se desconectaba era él. Desconectado, fue a dormir, y entonces se conectó; comenzó a pensar y a pensar y no podía pegar ojo: de continuo le afluía en la mente lo que había hecho durante ese día: adquirir alguna cosa en el supermercado, comer, tomar café, cambiarle el agua al canario... Pepito tenía un problema gordo, y lo sabía. Despierto, vivía como alucinado, desconectado del mundo; sin embargo, cuando iba a la cama conectaba consigo mismo, y en eterno acto fuera de su voluntad, continuamente dando vueltas sobre el colchón, rememoraba lo que había acontecido durante el día, o pensaba en cosas que podía haber hecho y no llevó a cabo.

Pepito pensó que este asunto debía resolverlo; y sin dudar, a la mañana siguiente –noche que había pasado sin pegar ojo- acudió a la sección de urgencias del psiquiátrico. Las enfermeras, cuando vieron aparecer las asombrosas ojeras, que colisionaban con todo, varios metros por delante del rostro de Pepito, llamaron rápidamente al doctor. Éste escuchó con atención el problema ya comentado y resolvió que Pepito padecía un serio trastorno de ansiedad. Le recetó cincuenta miligramos diarios de diazepam, y el paciente marchó del lugar más contento que unas castañuelas porque percibió que lo que sufría, al ser diagnosticado a tiempo, no era en exceso grave.



Llegó la noche y fue a por el medicamento. Sucedió que no había atendido a las indicaciones del facultativo (Pepito no era un genio precisamente), y se metió de golpe, entre pecho y espalda, media caja de pastillas. Entonces sí, desconectó de su insomnio.

El pequeño problema de lo acontecido es que empezó a sentirse muy mal.

Entre brumas de sueño, llamó a una ambulancia porque pensó que se moría. Cuando llegaron lo recogieron del suelo, en coma, y lo trasladaron a un hospital, donde supusieron que algún día despertaría.

Que la desconexión vaya bien, Pepito.

## DEPORTE

(18-10-2005)

Pepito despertó en una habitación de hospital, y dijo:

-¿Dónde estoy? ¿Quién soy? ¿Alguien tiene pegamento?...

Fue nebulosamente oído por una enfermera que estaba de rodillas frente a un doctor. El sonido escuchado provocó que se pusiera en pie, pidiera disculpas a su superior, restregara la manga de su bata por sus labios y acudiera al lugar donde había surgido la voz, entretanto el doctor se marchaba mascullando cosas inciertas.

Arribó la asistente a una cama, y al ver la figura que se agitaba espasmódicamente sobre ella, se alegró mucho y exclamó:

-¡Por fin se ha despertado nuestra niña! ¡Si eres la alegría del centro!... Quiero decir que eso creemos, porque desde que ingresaste en coma no has dicho ni “mu”. Así que ya quieres medicarte, ¿eh, pillina? Tranquila ahí; ahora pido dos barriles de vodka para celebrar tu vuelta al mundo de la vigilia.

Después de mucho tiempo inconsciente, los procesos mentales de Pepito resultaban todavía más lentos de lo habitual si ello es posible. A pesar de eso, anduvo lo bastante listo como para percatarse de que la sanitaria se había equivocado de compartimiento.

-Perdone, señora, pero creo que está usted en el lado incorrecto de la mampara. Soy yo quien ha hablado.

La enfermera, con el trasfondo de la banda sonora de la película *Tiburón* en su mente, soltó el lacio brazo de la paciente que tan bien le caía –justo en ese instante murió la enferma-, y se dirigió como a cámara subjetiva hacia el otro habitáculo, hasta que su mirada asesina percibió al imbécil del “desconectao”.

-Vaya por Dios –dijo mientras acudía a un botiquín adosado en la pared y extraía un frasco de estimulantes de alta concentración-. Ahora tomarás veinte pastillas de éstas para que te mejores un poco, y de seguido, rapidito al gimnasio, a activar tu musculatura.

-Señora, pero si... –se quejaba Pepito mientras la otra lo obligaba a abrir el gznate y le endilgaba las grageas.

-¡Ni peros ni peras! Venga; ya. ¡Hop hop! Y uno y dos; y uno y dos...

-Por lo menos quíteme el suero, que se me enreda el tubo y no puedo moverme bien...

-De acuerdo.

-¡Ay!

-No te quejes y sal de la cama para caminar. ¡Tanto quejarse, tanto quejarse!... Perdona que sin querer mis brazos te hayan tirado al suelo tan bruscamente...

-Señora, tengo la sensación de que usted me ha cogido manía.

-¿Manía yo?... ¡Qué va! ¡Venga, perro, ponte en pie y corre!

Y vamos si corrió Pepito. Bajó las escaleras del hospital batiendo todos los records de velocidad: las pastillas ya comenzaban a hacerle efecto, y no debe dejarse de lado el factor pánico.

Pepito no era persona de mucho cavilar, pero pensó que sería mejor venir otro día a por sus avíos. Antes de cruzar la puerta principal, un par de “seguratas”, al verlo vestido con bata de interno y que salía zumbando hacia la calle, se lanzaron sobre él para detenerlo, pero estuvo atento y los esquivó. Una vez afuera, continuó corriendo y corriendo hasta alcanzar el extrarradio de la ciudad. Eso no lo detuvo: estaba obsesionado por encontrarse a salvo de las garras de la enfermera. Mucho más tarde, llegó un momento en el que no supo los motivos exactos de tanto correr, pero seguía en ello. Se topó con un tipo que, aunque parezca increíble, tenía una cara que denotaba aún mayor estupidez que la suya; y también corría sin parar. Pepito se puso a su lado y ambos marcharon al unísono. Después de año y medio de correr juntos y hacerlo todo juntos, Pepito se

enteró de que el hombre se llamaba Forrest Gump. Y bien, de ahí surgió el filme que todos conocemos: *Forrest Gump* y *Pepito*.

## CREACION Y LOCURA

(20-10-2005)

El crear no es patrimonio exclusivo de mentes bien estructuradas y que hayan recibido una esmerada educación; pese a todo, son el orden y una buena herencia cultural elementos imperantes en casi todos los individuos creadores. Ahora bien, si echamos un vistazo a la historia del Arte, observaremos que gente procaz, individuos de vida tumultuosa, y también personas con fuertes trastornos de personalidad, que rayaban o se introducían de pleno en la locura, han generado obras consideradas hoy en día como geniales.

Aunque hay límites, ya que un cerebro por completo inmerso en sus demonios personales, lo único que intenta es desembarazarse de ellos, y este fatigoso trabajo interno produce sumisión e ignorancia hacia los fenómenos exógenos a su vórtice de desenfreno psíquico; pues es tan grande la batalla particular, que a los individuos sumidos en la locura les resulta imposible interactuar con el resto del mundo y, en consecuencia, entenderse con él.

Bien; lo dicho en el anterior párrafo es cierto. Pero sucede que el loco no siempre se halla en estado de enajenación mental, y por si esto

fuera poco, hoy en día existen fármacos que permiten al afectado, si no llevar una vida plena, sí por lo menos hacer que le resulte bastante más digna.

¿Puede conocerse, cuando está bien canalizado, el caudal de vida interior que se halla a disposición del enajenado? No, pero posiblemente sea enorme, superior a la media humana... Mas seguramente es banal tal comentario porque hay parámetros que no se pueden medir.

Para concluir esta digresión ofreciendo un dictamen bien fundamentado, diremos que un enfermo mental (teniendo a su abasto los recursos de un ciudadano corriente: cultura, experiencia, acceso a la información, etcétera) es capaz de plasmar su creatividad con la misma dignidad que la de cualquier otro individuo.

## UN FESTIVAL

(25-10-2005)

Era un festival total. Había todo lo bueno y recomendable que pueda darse en eventos de este tipo: confites de todas las formas, tamaños, sabores y colores; muchas chicas; bebidas de sobriedad y también de disipación; algarabía inmanente a la alegría; y sobre todo llegaba el momento cumbre, la actuación del grupo de rock que era ya considerado, con una sola canción en su repertorio, como el más grande de todos los tiempos: Almorranas Inflamadas.

Los preparativos para que actuasen estaban llegando a su fin, después de seis horas de impaciente espera para escuchar su famosa y única canción, que duraba quince segundos. Pese a todo, a estos genios de la música se les podía perdonar semejante retraso en subir al escenario.

Éramos buena peña los miles de admiradores que aguardábamos allí; gente de muy diversa tipología pero unidos por la música. Unos pasaban el tiempo haciendo corrillo, sentados a estilo indio y quemando con las llamas de sus mecheros, por la zona cóncava, unas cucharas metálicas, las cuales contenían una disolución que, según decían, era el mismísimo nirvana; otros dormían, aburridos de esperar; la mayoría bebía alcohol, y muchos vomitaban de tal manera que hasta les salía líquido por los orificios nasales. Pero también había gente que incordiaba, que resultaba molesta, porque eran demasiados y siempre te susurraban lo mismo al oído: “Tengo de todo a buen precio”. Y qué decir de las parejas que de repente desaparecían arguyendo que deseaban contemplar la luna...; ¿acaso no observaban que la tapaba el rocoso nublado situado sobre nuestras cabezas?

Yo aguardaba a mi chica, que se alejó de mí un momento para beber agua en una fuente cercana.

Como ya tardaba, decidí esperarla con más comodidad, sentándome en un murete que había a mi lado.

Transcurría el tiempo y me sentía intranquilo porque en teoría el concierto iba a comenzar enseguida y ella hacía alrededor de hora y media que había marchado; quizás estaba perdida entre tanto gentío.

Sonreí cuando la distinguí a lo lejos. Realizaba esas maravillosas y sincronizadas eses que nunca dejan de pasarme por su divina perfección. Bajé del murete mediante un saltito, la alcancé y le arranqué de un tirón la jeringuilla ensangrentada que seguramente por accidente le había quedado enganchada en la parte interna del codo; con un pañuelo limpié los restos de polvo blanco que manchaban su nariz, y con la mayor delicadeza posible le comenté que otra vez había confundido sus bragas con una gorra. Se desmoronó sobre mis hombros mientras le colocaba la prenda en el lugar adecuado (con toda la comodidad del mundo llevé a cabo esto porque estaba desnuda de cintura para abajo). La tendí a lo largo de lo que había sido mi asiento. Se encontraba en aquel momento por completo aturdida, desfallecida, y contemplé extasiado su precioso rostro, del cual destacaban los ojos zarcos, un poco saltones, que enfocaban en direcciones opuestas, perdidos en dos infinitos. Pronunció, babeante: “No estoy bien”, y acto seguido surgió de su boca un líquido de agrio olor que con elegancia y tibio amor impregnó mi rostro. Me limpié con parsimonia y le dije que ante todo estaba ella; por tanto, resultaba conveniente que nos fuésemos, y que se acostara para recuperarse de su malestar. Ocasiones de ver a nuestro grupo musical preferido no iban a faltarnos, le aseguré (a la postre esto fue imposible de conseguir, pues a los pocos días después de estos hechos que estoy refiriendo, me enteré por los diarios que el líder y cantante anunciaba la disolución del conjunto porque se les había agotado la inspiración. Toda la juventud quedó sumida en una enorme desesperación).

No nos perdimos nada por marcharnos antes de tiempo: resultó que justo cuando iba a dar comienzo el concierto, próxima la alborada, cayó una enorme tromba de agua que inundó la explanada y, como puede suponerse, tuvieron que suspender el ansiado evento.

## EL CREADOR

(29-11-2005)

Poco después de su efímero estrellato, Pepito, que había aprendido a tomar el diazepam con más cautela, decidió, con el dinero que le dieron por los derechos de interpretación adquiridos con la película *Forrest Gump* y *Pepito*, montar una charcutería.

Como nuestro buen Pepito no poseía mucha imaginación, sólo vendía chorizo, y finalmente le quedaron dos clientas nada más: Maruja Cachonda y Maruja Pepis –aunque esta última insistía en que antepusieran el “señorita” a su apellido, y no el nombre propio-. En semejantes circunstancias, como es lógico, el negocio se fue a pique; y Pepito agotaba las existencias sobrantes de la quiebra a base de comer bocadillos de chorizo –una vez, harto de ingerir siempre lo mismo, lanzó medio bocata en un alcorque, y allí permaneció hasta que apareció un pordiosero que lo recogió y se lo comió. Mientras devoraba tal manjar, tuvo el mendigo una muy profunda percepción de ideas, las aplicó y en pocos meses se hizo rico.



Pasó el tiempo y nuestro buen Pepito finiquitó el poco capital que le restaba; ya no tenía dinero para comprar pan y comía su apreciado embutido sin el casi imprescindible condimento de harina fermentada y horneada.

Un buen día, paseaba nuestro amigo deglutiendo las últimas lonchas de chorizo que le quedaban, y he aquí que un turista japonés lo reconoció como el compañero de fatigas de Forrest Gump, por lo que quiso hacerle una foto para el recuerdo. Le pidió a tan admirado actor que mostrase su lado más fotogénico; y bien, como es de suponer, al final tuvo que retratar las rodajas de chorizo. Pepito, entusiasmado por recobrar momentáneamente la celebridad, le rogó una copia a su fan, y éste comentó que incluso le daría el carrete, una vez revelado (debe señalarse que el hombre era un poco anticuado, o de la vieja escuela, según se mire, y no utilizaba cámara digital).

Al cabo de pocos días, mientras andaba Pepito por una calle, sonaron súbitamente ráfagas de ametralladora. Eran disparos dirigidos a él pero no le dieron –de esto podrían dar fe los peatones que estaban a su lado, si hubiesen sobrevivido.

-¡Este tío es tan feo que las balas se asustan al verlo y desvían su trayectoria! –escuchó no muy a lo lejos.

Con rápida violencia, un mogollón de japoneses armados hasta los dientes descendieron de varios coches y acorralaron a Pepito.

-¡Danos el carrete! –exigió el que al parecer mandaba-. El mundo depende de él.

Un policía vio lo que ocurría y trotó raudo al lugar. Se inició una discusión entre el agente y un corrillo de secuaces nipones, que le prometían, abochornados y confusos, que no volverían a ser tan bruscos a la hora de aparcar; pero el fiel servidor de la ley, con los carrillos inflados y silbato en boca, negaba obstinadamente con la cabeza y escribía, implacable, en el talón de multas.

Volvamos a los hechos principales.

La reacción de Pepito fue decir: “Te..., tenga usted”, mientras introducía su mano en el único bolsillo sin agujerear que le quedaba, y comenzaba a pensar en pañales, talco, pomadas...

Estaba a punto de entregar el preciado objeto, cuando en ese instante un hombre de rasgos occidentales, atravesando la barrera que componían los orientales, sujetó su antebrazo y chasqueó dos dedos con la otra mano: el carrete, el policía y los japoneses desaparecieron.

-¿Quién es usted? ¿Qué ha sucedido? –preguntó Pepito.

-Soy el remanente del caos primario, el desgarró de un grito que recorre la eternidad; pero me puedes llamar Pere Paranoias... Eres un gran creador, Pepito –fue la extraña respuesta del hombre.

-¿Qué quiere decir...?

-Todo figuraciones, creación, Pepito... Ven conmigo. No sé cuándo, pero te esperan seis días de duro trabajo; después podrás descansar. –El hombre lo abrazó por un hombro y caminaron juntos al encuentro del frágil recuerdo sustentado por una anciana. Y sin más, pareció que desaparecían, desvalidos contra la pegajosa nada.

## SALUD MENTAL

(07-12-2005)

En el fragor de una dorada cosecha estival todos cederían a un desvaído sentimiento entre el afelpado colchón de la siesta desvalida e inerte, y en ella hallar titubeos de onírica ingravidez extraída con alambiques capitulares. *Si no limpio como es debido, se hará dueño de un territorio propio.* “No volverás a verlo”, se presume de clarividencia. Los neones cuentan historias latentes y pulsantes, constreñidas por figuras pintadas entre derretidos espasmos de color, inviolables y efímeras.

Se observan en el párrafo anterior modelos que parecen desembocar en el aniquilamiento de la estructura narrativa, siendo sin embargo algo que a su manera tiene consistencia propia. Son cada vez más prolijas y elaboradas las técnicas para novelar, y en algunas incluso se diría que la literatura linda con la esquizofrenia; y es ésta el punto de referencia en lo que concierne no sólo a la ficción -que nos alberga-, sino incluso a la propia realidad –que nos desecha.

Competitividad, consumismo, tecnología, aislamiento social... son escollos complicados que a menudo marcan pautas de comportamiento. Gran cantidad de individuos se sienten superados por todo esto y acaban refugiándose en su interior, en su subjetividad, creando un déficit de

socialización. También, sin duda, muchos casos de desarrollo personal insuficiente son debidos a un choque entre la ilusión infantil, el idealismo y la efervescencia juveniles, y el posterior encuentro con la madurez y sus consiguientes problemáticas.

Semejante exposición, basada en hechos objetivos, hace pensar a muchos expertos en que el gran caballo de batalla del futuro será la salud mental.

De momento el demente se encuentra casi en clandestinidad, como de incógnito, pero es seguro que en un mundo ya de por sí atrabiliario y cruel, por no decir loco, marcará, si no se cambian algunos conceptos básicos de nuestra sociedad, un mañana en el que los extraños serán los cuerdos. Infraestructuras mastodónticas específicas para el tratamiento terapéutico de las personas con trastornos mentales serán torres de Babel en las que se confundirán doctores y otros profesionales de esta rama de la salud con los propios enfermos debido a que un gran porcentaje de los especialistas psiquiátricos también serán usuarios, que no quepa duda.

La demencia siempre ha convivido con la Humanidad, y seguirá entre nosotros. El asunto reside en que, para minimizar riesgos, y no se generalice semejante calamidad, será un deber educar al niño de un modo equilibrado y progresivo, y al obrar así, el paso hacia la madurez no le acabe resultando una colisión contra su entorno. De este modo podrían evitarse muchos traumas que abocan a gran cantidad de individuos al desequilibrio mental: la medicina preventiva es un arma nada desdeñable. Pero resultará inevitable que surjan siempre casos de locura, por lo tanto, el fin último de la psiquiatría es encontrar una cura definitiva.

## AMANECER

(13-12-2005)

Y de repente se hizo la luz... Repito: se hizo la luz.

-¡Joder, Pepito! ¿Dónde me has traído, que no se ve una puta mierda? –gruñó Pere Paranoias.

-Eh..., ¿qué? –fue el inteligente comentario de Pepito mientras tanteaba en la oscuridad con sus manos, hasta que sus dedos, con inusual precisión, se incrustaron en los ojos de Pere Paranoias.

-¡Ay ay ay...! –cantaba y bailaba Paranoias, retrocediendo hacia un invisible atrás. Tropezó, cayó y se dio de narices con una cosa gelatinosa. Casi al instante un olor a putrefacción hasta ese momento inadvertido, realizó el milagro de que se incorporara al instante, como si lo hubiese impulsado un muelle-. ¡Aquí hay algo que está muerto! ¡Qué asco, qué horror!

-Es verdad. Qué peste hace en este lugar.

-¿Qué has hecho, Pepito? No me refería a que me transformaras en un olfato viviente, cuando te dije que eres un creador...

-Espera, espera... Ahora empiezo a recordar... Esto fue tiempo atrás... ¡Claro!: el catalán bajito. Dame la mano. Tenemos que ir en sentido contrario al desprendimiento de tierra que hay en algún sitio.

-¿Y cómo sabremos la dirección correcta? Porque no se ve un pijo y podemos toparnos con el derrumbe...

-Debemos ir hacia donde vaya disipándose el mal olor, eso significará que habrá menor cantidad de gente muerta; la mayoría pereció junto a los cascotes, intentando retirarlos para salir. Todos ellos eran amigos míos.

-¡Coño, Pepito, ahora mismo piensas como un intelectual!

-Es que yo en realidad soy muy listo. E... E... E... E...

-¿Te has atragantado?

-“Estin”, comparado conmigo, era un tonto.

-Claro. Venga, dame la mano.

Y caminaron y caminaron entre la apestosa oscuridad, tanto, que acabó por no oler mal porque los cadáveres quedaron muy atrás. Y continuaron. Y en un momento determinado, escucharon chirridos de grillos y captaron la densa fragancia del campo en su vasta nocturnidad.

-O hemos salido de algún sitio que creaste mal, o nos encontrábamos en una germinal ausencia a la que has dado fin para forjar algo más tangible –expresó con seguridad Pere Paranoias.

-Yo no he movido un dedo para hacer cosas. Tiene que ser quien me señaló lo del duende que no fue. No fue duende porque resultó ser un catalán bajito.

-No digas tonterías; lo haces todo tú... Será por eso que estamos siempre a oscuras... Vaya; hablamos de lo fosco, y ¡ahí hay luces! Es la ciudad. Nos queda cerca; sólo tenemos que atravesar las huertas por este camino.

-Es pleno verano. Veremos al indigente alcohólico, al loco de la radio, al noctámbulo dormido en el portal, al pintor que juega a las máquinas tragaperras...

-Pepito, ¿te encuentras bien? Estás desvariando... ¿O quizá creando?

-Me lo han vuelto a decir.

Comenzaba a amanecer cuando se internaron por los edificios del extrarradio. El radiante sol disipaba un celaje que ofrecía el cariño de su adiós con un impresionante rosicler.

Encontraron a las personas que había vaticinado Pepito, pero siempre vistas desde la lejanía. Entonces Paranoias observó a su compañero, y se percató de que la duda no provenía de Pepito, sino que la incongruencia era él mismo: Pere Paranoias.

## CONSUMO

(17-01-2006)

Era aún temprano cuando Pepito y Pere Paranoias se sentaron en el banco de un pequeño parque desierto a aquella hora, para descansar.

-Tengo hambre y sed, y ganas de orinar y cagar –dijo Pere Paranoias.

-Yo quiero una botella de moscatel, pero no tengo un céntimo –se lamentó Pepito.

-Ese seto de pitosporo me cobijará de las miradas indiscretas.

-¿Seto de qué...? –preguntó Pepito, desconcertado.

-No, nada... Quiero decir que me esconderé ahí para desahogarme.

Usaré las hojas de las plantas para limpiarme el trasero. Total, unos palominos más en los calzoncillos no se harán notar... Hace tres días, creo, que no me ducho.

-Eso es cuando te echas agua y jabón por encima, ¿no?

-Sí..., Pepito, sí...

Mientras se escabullía Pere Paranoias para resolver sus prosaicas urgencias, Pepito desvió la mirada y vio una cartera en el suelo, abandonada. Se levantó deprisa y la recogió, hurgó en ella y encontró dinero. Extrajo éste y volvió a depositar la cartera donde había estado, con delicadeza y casi haciendo genuflexiones de adoración... Bueno, seremos objetivos con la descripción: le endiñó una patada futbolera y la mandó a tomar viento. Guardó los billetes en el único bolsillo que le quedaba intacto, y regresó al banco.

-¡Eh!..., oye..., que tengo dinero –susurró, a la vez que articulaba gemiditos de alegría y placer.

Al instante apareció la parte superior del cuerpo de Paranoias, detrás de las plantas.

-¿Qué has dicho?... Espera un momento, que este “truño” es deposición concentrada de oveja. –Tardó poco en salir de entre los arbustos, ajustándose los pantalones durante el corto trecho. Una vez sentado junto al otro, preguntó:

-¿Cuánto tienes? ¿A quién se lo has robado?



-Mil euros; y me los he encontrado.

-No te creo pero da igual de dónde los has sacado. Rápido, vamos a un bar, que me muero de hambre.

Así lo hicieron, y comieron y bebieron. Sobre todo bebieron, pues el vino les salía de los lagrimales como si se tratara de una fuente de surtidor, de esas que hay en algunos espacios públicos. Llegó el momento de marchar, y Pepito pagó.

Se hizo de noche y Pepito, que era quien “manejaba”, decidió que irían a un lupanar. Tomaron un taxi. Sólo entrar en el burdel, una tía vieja, gorda y feísima, llena de verrugas blancuzcas que le colgaban como garrapatas, se acopló a Pere Paranoias. Pese a tener una tajada de mil demonios, no dejó Pere de sentir cierta aprensión ante su nauseabunda proximidad.

-Esta misma, acuéstate con esta misma, que te lo pago –dijo Pepito.

-Pero...

La mujer agarró a Paranoias y lo arrastró casi a la fuerza a una habitación.

-¡Venga aquí cubatas por un tubo “pa” “tol” mundo, que el más grande lo dice! –exclamó Pepito, en tanto un mogollón de putas y clientes se arremolinaban a su alrededor. Corrían los cubalibres a diestro y siniestro, cuando Pepito, todo y su monstruosa borrachera, se percató de que el convite había superado sus previsiones, pues preguntó cómo iba la cuenta y ésta superaba con creces al dinero que le restaba. Su reacción fue la de marchar con enorme sigilo y discreción. En el lugar permaneció Pere Paranoias, que intentaba dejar bien alta la bandera del pabellón ante

el cardo borriquero; aunque, todo hay que decirlo, su fracaso fue estrepitoso.

-¡Dios mío! ¿Me puede pasar algo peor que esto? –casi gritó Paranoias con aflautada voz, pesaroso, mientras cerraba la puerta tras de sí, con el hato de ropa pegado al pecho, hecho un barullo. En ese momento alzó la vista y vislumbró dos colosales “machacas” de mirada asesina. Tenían sus respectivos bates de béisbol cogidos con una mano mientras se daban con ellos siniestros golpecitos en la palma de la otra.

Al cabo de un par de horas una llamada anónima avisó que justo ante la entrada de un club de alterne había un amasijo de carne ensangrentada que a duras penas podía balbucear que se llamaba Pere Paranoias. Una ambulancia lo trasladó a un hospital. Entretanto, un juez redactaba la orden de ingresarlo -cuando se hallara restablecido de las heridas- en un psiquiátrico penitenciario, por ser el presunto homicida de un doctor apellidado Gruizma.

## SENTIDOS

(07-02-2006)

Pere Paranoias se debatía en su caído interior, el cuerpo inmóvil en la habitación acolchada de seguridad, atiborrado de sustancias que le producían cenestesia y visiones perturbadoras.

Transcurrió un tiempo indeterminado. Angustiado, comenzó a tantear con las manos: ciego a las imágenes reales, sordo y sin olfato, pero con tal intensidad táctil en las yemas de sus dedos, que le comunicaban una sensación que casi equivalía a poder degustar con ellas la tela que cubría las paredes de espuma. Poco a poco la normalidad sensitiva fue llegando y entonces fijó la vista en un pequeño orificio redondo.

Se mantuvo así hasta que tú entraste. El personaje inverosímil que acudió a buscarte a la embarcación porque, según él, alguien le había informado, te instruyó sobre lo que debías hacer. Te garantizó que recibirías una recompensa, por lo que no dudaste en acudir al rescate.

Pere Paranoias pensó que soñaba cuando vio al ser epiceno que le tendía la mano y decía:

-Vamos. Tenemos poco tiempo.

Sin saber los motivos, se dejó guiar por semejante individuo, y cogidos de una mano comenzaron a correr.

-Qué tacto más extraño transmites. ¿Eres hombre o mujer? –dijo Paranoias mientras huían.

-Eso no importa. Hay que salir antes de que suenen las alarmas –respondiste.

Justo poco después de introducirlos en el coche que te cedieron con el fin de reincorporar al desconocido a la vida cotidiana, un estruendoso frenesí de alarmas recorrió la penitenciaría psiquiátrica. Desapareció el sonido cuando el lugar quedó fuera de vuestra órbita sensorial.

En la cabina principal de una pequeña embarcación comía, filtrándolas por el paladar, enseñoreándose de su sabor, sardinas fritas aliñadas con ajo y perejil una persona que Pere Paranoias enseguida reconoció.

-¡Pepito!... ¿Cómo supiste dónde me hallaba, y el modo de sacarme de allí?

-Alguien me lo dijo.

-Siempre dice eso –replicaste-. La cuestión estriba en saber quién y cómo es ese alguien, y de qué modo se comunica con este tal Pepito. Por cierto, ¿cuándo recibiré mi dinero?

-Lo tienes en el bolsillo in..., iz..., “inquierdo” –respondió Pepito.

No lo comprobaste. Sabías que así sería.

-Pepito –dijiste, mientras Paranoias se acomodaba en un asiento y, agotado, quedaba dormido-, cuando acabes de comer puedes usar mi baño para lavarte. Seguramente tengo algunas prendas que te pueden servir. Tu vestimenta es andrajosa y huele mal.

-Es que... me da asco tocar el agua. En cambio esto... –Y cogió por la cola, alzándola, una sardina que chorreaba aceite-. ¿Ves? Resbala y resulta gracioso. También recuerdo que personas mayores me decían que yo de niño me comía mi propia mierda a puñados. No recuerdo su sabor; debía de ser muy pequeñito. Pero eso también es gracioso...

-Se llama coprofagia lo que hacías, y acostumbra a inmiscuirse de modo natural en los procesos evolutivos y adaptativos de todo ser humano. –Diste una inaudible palmada y sentiste el tacto, ¿suave o

áspero?, de tus propias manos-. He llevado a cabo tu encargo. ¿Qué tenéis pensado hacer en adelante?

-Con tu permiso –dijo Pepito-, ahora me gustaría descansar, como hace mi amigo.

-Si es tu deseo... Y sí, es bueno relajarse y dejar que se evadan los sentidos. Por vuestra apariencia, considero que merecéis un buen reposo.

## DE LOS ENCUENTROS

(28-06-2008)

Pepito y Pere Paranoias se encontraban en una esquina, sobre la acera del amplio chaflán. Era plena madrugada y estaba todo desierto, salvo el remolino de gente apelotonada a la entrada de la escandalosa discoteca en la que tenían ellos el propósito de colarse. Semejante intención se debía a que no poseían dinero, como casi siempre.

-Debías haberte duchado, y aceptar el atavío que te ofreció el personaje de la embarcación –amonestó Pere Paranoias a su compañero.

-Es que yo nací vestido con estas ropas –respondió Pepito.

-Ya...

-Perdonen –intervino un muchacho que se había acercado a ellos con sigilo.

-¡No nos atraque, por favor! –exclamó Pepito, temblando.

-No, no..., tranquilo. Sólo pretendo que me ayuden a cargar con mi chica. Es que se ha pasado con la bebida y otras cosas mientras estábamos en un festival.

-¿Dónde está la muchacha? –preguntó Pere Paranoias, siempre pragmático.

-Ahí, entre esos dos coches aparcados –señaló el desconocido-, comiéndose sus propios vómitos.

-¿Tiene hambre?

-No, Pepito, no tiene hambre... –respondió Pere Paranoias a la ocurrente pregunta de su amigo, al tiempo que le daba un par de golpecitos con la palma de su mano en el hombro y suspiraba resignado-. Veamos en qué estado se encuentra –decidió.

Los tres recularon unos pocos metros. Antes de poder verla ya escuchaban los tibios y hediondos ruidos de la rancia vomitera; y toses e inspiraciones con las que deglutía la joven sus propios gargajos.

-Pues sí que se encuentra mal, sí –masculló Paranoias mientras su mente intentaba resolver el problema de manera satisfactoria-. ¿Dices que venís de un concierto? ¿Entonces cómo habéis venido a parar aquí, casi a los arrabales de la ciudad?

-Pedimos un taxi para volver a casa; pero después de dejarle perdida la moqueta del vehículo, el chofer nos obligó a apearnos. Y lo que es peor: nos atracó. Estamos sin dinero y a muchos kilómetros de nuestras viviendas.

-¿Os robó? –preguntó Pepito.

-Dijo que debíamos compensarle por los estropicios causados al coche –respondió el desconocido.

-Sería conveniente trasladarla a un hospital. Está intoxicada – resolvió Pere Paranoias.

-Tiene usted razón. No comprendo cómo se me ha pasado por alto. Podría sufrir un coma etílico, si sigue así. Además, ha tomado otras drogas –convino el muchacho de la madrugada. Sacó su teléfono móvil y marcó el número de Emergencias.

-Pepito, ¿qué haces? –preguntó Paranoias a su compañero de fatigas cuando observó que chupaba su dedo índice después de untarlo en los vómitos esparcidos por el suelo y en los depositados sobre la blusa de la muchacha.

-Compruebo su sabor –respondió Pepito.

-¡Pero qué cerdo eres! –exclamó Pere Paranoias, sintiendo arcadas ante tal escena.

-Cerdo, ¿por qué? Sólo tengo hambre –se lamentó Pepito.

-En cinco minutos vienen –intervino el joven desconocido-. Menos mal que el taxista no se quedó con el móvil. Y muchas gracias a usted por haber sugerido la idea.

-De nada. ¡Y tú!, deja de lamer el suelo.

>>Bueno, chico, esto está resuelto. Te dejamos y pasaremos hasta encontrar una gasolinera; necesitamos realizar unas gestiones sobre... asuntos nuestros... Comida más que nada; yo también estoy hambriento.

-Adiós. Y gracias otra vez.

-De nada, de nada... Vamos, Pepito.

Pepito y Pere Paranoias abandonaron a la pareja y se internaron por una calle que se unía a una avenida principal. Paranoias recordó a su compañero que debía cubrirse lo máximo posible la cara, y sobre todo, que no mirase hacia las cámaras de vigilancia del negocio.

## ALAMBIQUES

(29-06-2008)

Con precisión de relojero, sacó un estilete y lo colocó en mi garganta. Unos segundos antes habían abierto con contundente violencia el aparador de los productos refrigerados, tan fuertemente, que el cristal se hizo añicos. No pude avisar a nadie, debido a la precipitación con que sucedió todo. Las alarmas sustituyeron al silencio de la opaca madrugada.

Mientras yo permanecía inmóvil bajo amenaza de muerte, el más pequeño de los dos, que por cierto, apestaba, cogía de los estantes todo lo comestible y bebible que podía almacenar en su raída indumentaria.

Iniciaron la huida, y entonces reaccioné, persiguiéndolos unos metros, pero corrían mucho y mis ganas de enfrentarme a ellos eran nulas, por lo que acabaron marchándose junto al efecto dópler de la sirena de una ambulancia que en aquellos instantes me sobrepasó, presurosa. Se difuminaron del todo cuando fueron embestidos por la bocanada de la noche.



Diez minutos más tarde llegó la siempre tardía policía. Después de resolver toda la tramitación burocrática pertinente para estos casos, aseguraron que los atraparían. Se llevaron la cinta de vídeo que registró el instante crítico, para examinarla.

Todo había sucedido de un modo fugaz y casi irreal, lo cual no impedía que aún me sintiera afectado por el incidente. Pulsé, de la máquina expendedora, la tecla que indicaba “tila”.

Más calmado, recapitulé, no sobre estos acontecimientos recientes, porque ya eran irremediables, sino sobre el hecho que quedó impreso en mi memoria de modo obsesivo desde que tuvo lugar, y que no era otra cosa que el extraño suceso con la anciana metamorfoseada en polvo. Aquello que pretendió decirme y no supe captar era lo que percibía yo como una recalcitrante metástasis mental que podría incluso desestabilizar mi estado emocional. Antes de lo inverosímil ocurrido, antes de que todo se precipitase de semejante manera, me dijo ella que siempre lavó la ropa a mano; era mano; se sentía mano. Y cantaba por almohadilla cuando estrujaba sus nudillos y después acudía al tendedero. Su hijo, comentó, desde una gruta le hablaba con sencillas disonancias de cariño, amor y nostalgia. Ella era ella y estaba con él, y conmigo, y él con ella.

Prisionero de mi fascinación, no podía desenredar la maraña compuesta de dúctil sinsentido que cercenaba los dedos de mi pensamiento, al escudriñar en lo sucedido.

No son tiempos donde el amor se pueda cobijar. Y a pesar de todo, una cosa estaba clara: debía desenmascarar el enigma que suponía para mí la anciana, aunque peligrase mi integridad psicológica.

## GLOTONERIA Y BORRACHERA

(01-07-2008)

El suelo estaba a rebosar de los desperdicios que Pepito y Pere Paranoias habían arrojado a su alrededor mientras ingirieron los productos que robaron en el autoservicio de la gasolinera.

Amanecía, con un esquivo sol que advertía lluvia.

-Estoy borracho –dijo Pepito.

-Yo te veo doble –confesó Paranoias.

-Es que allí, donde la gente se detiene para repostar y volver después a conducir, lo que más hay son bebidas alcohólicas.

-Deberíamos buscar un rincón donde refugiarnos y dormir la mona –reflexionó Pere Paranoias-. ¿Te ocultaste bien ante las cámaras?

-Creo que sí.

-Ayúdame a levantarme del banco, que no puedo solo.

-Es que yo tampoco puedo.

Dio un vistazo Pepito a su entorno y contempló absorto los plásticos, botellas la mayoría rotas, cartones, restos de comida,

chucherías, etcétera, sumido todo en líquidos derramados que emitían un desagradable olor a alcohol; y entonces comentó:

-Qué sucio está todo. Hay que ver lo guarra que es la gente.

-Hemos sido nosotros, Pepito.

-¡Ah! Bueno, es que nadie es perfecto.

A trancas y barrancas se incorporaron para buscar un techo bajo el que reposar.

Al cabo de poco, el hallar cobijo se convirtió en una necesidad imperiosa porque comenzó a caer un fortísimo chaparrón. Estaban empapándose, aunque a la vez sentían que se despejaban bastante de sus respectivas borracheras.

-Mira. El portal de ese edificio está abierto. Con suerte, podremos dormir bajo el hueco de la escalera –observó Pere Paranoias.

Dicho y hecho. Había un portero en su garita, pero estaba echando una cabezada, así que no los vio. Entraron sigilosamente, tropezando y cayendo con frecuencia, y se acurrucaron sobre el suelo de granito, en el punto que les pareció menos visible a miradas indiscretas.

Salvo breves interrupciones, durmieron como dos benditos hasta las ocho de la tarde.

Pere Paranoias y Pepito son dos almas gemelas en penitencia, arrasadas por los acontecimientos. El infierno en que viven nos resulta evidente por lo que hasta ahora sabemos de ellos; pero para que la vida marque los derroteros seguidos por los individuos, previamente deben

darse sucesiones de circunstancias que transformen y hagan posible la realidad del presente: lo que llamamos diacronía.

Pepito, según parece, tuvo muchos amigos ahora fallecidos, cuando se desmoronó el túnel de los delirios. De sus padres y familiares nada se sabe. Quizá lo están buscando; o puede que no quieran saber nada de él. También es posible que no tenga familia.

A Pere Paranoias lo hemos visto en solitario hasta que coincidió con Pepito. ¿Será verdad que unos seres maléficos han estado persiguiendo a Pere, o son imaginaciones suyas? Sea lo que sea, los avatares lo han decantado hacia la marginación y la delincuencia. Este hombre, ateniéndonos a lo que hemos podido entrever, sin duda dispone de una mente privilegiada, pero extenuada por la neurosis y otras dolencias privativas del cerebro humano.

A día de hoy, ambos amigos se encuentran con que no trabajan, roban, mendigan, no tienen casa ni dinero, deambulan por cualquier parte y huyen de la policía, con el considerable agravante para Paranoias de encontrarse en situación de busca y captura por el presunto homicidio de un psiquiatra...

Visto así, no cabe duda que ambos personajes resultan ser unos patéticos y pobres desgraciados, unos desahuciados de la vida.

Si nos condujéramos al pasado, dejando de lado estos fragmentos que describen sus actuales modos de conducta, seguro que los encontraríamos infiltrados y adheridos a un entorno social óptimo y acogedor –se manifiesta lo citado sobre todo con Pepito, pues sabemos que tenía amigos-. Hoy las cosas no son así: están en un laberinto, en un

remolino vital que los arrastra cada vez más a una situación de no retorno respecto a una posible reinserción. Debe hacerse algo, ni que sea por compasión, para que en adelante flexionen sus vidas hacia otro estado más gratificante para ellos. Aunque no debemos olvidar que todas las cosas y todas las situaciones conservan su propia inercia y memoria, y en consecuencia son poco o nada propensas a dejarse alterar, por lo cual la conclusión es que Pepito y Pere deben esforzarse, luchar por cambiar la dinámica que mantienen hasta ahora.

Pero enfoquemos la lente hacia sus tribulaciones y observemos qué hacen:

En este instante se levantan y marchan a ninguna parte, o a cualquiera, mientras escuchan los improperios a bocinazos que les inflige el portero de la finca cuando los ve salir y asume que se han colado delante de sus narices. Y justo ahora corren para huir de su persecución, porque el enfado del señor es mayúsculo al advertir los excrementos y vomitadas –guarradas que el buen hombre deberá limpiar- que han depositado en un rincón, durante cortas y obligadas interrupciones del furtivo reposo.

Una vez fuera de peligro, advierten Pepito y Pere que el piso de la calle está mojado, y recuerdan que se puso a llover justo antes de encontrar refugio. A estas horas el cielo está embellecido por porosos y consistentes cúmulos diseminados aquí y allá, y el sol tiene ganas de ponerse en tanto se vislumbra una lechosa medialuna. La luz artificial suplantará a otra noche de desapego. Caminan en su resaca de silencio hasta que abre la boca Pere Paranoias para decir:

-¿Te parece bien que vayamos al encuentro de esa criatura tan rara de la embarcación? También se le nota cierto desarraigo, necesitado de afecto ajeno. Quizá de momento admita acogernos. Porque no tenemos adonde ir, Pepito, no tenemos adonde ir, excepto deambular por la ciudad como espectros, perforando más en la adversidad.

-Pues vale...

>>Me duele todo.

-A mí también, Pepito... Tengo una cefalea de campeonato.

-¿Una qué...?

-Nada, Pepito, nada...

Y marcharon.

## AL ENCUENTRO DE LA EMBARCACIÓN

(03-07-2008)

Bebimos agua de una fuente pública hasta que se nos engordaron las barrigas.

Es curioso que de la vida de Pepito no sepa nada. Reserva sus asuntos con fuerte obstinación, y creo que se hace el tonto pero no lo es. Estrafalario, inculto e introvertido, se transforma en embrión inconsciente de lo todopoderoso, o quizás en mensajero de una señal regeneradora; de algo inefable en definitiva, que nos ayuda cuando nuestra situación resulta insostenible... ¿Quién o qué me comunicó que

Pepito debía reinventar un mundo? ¿Su propio y furtivo confidente? Debo reconocerlo: a menudo me causa pasmo esa capacidad de demiurgo que le aflora: algo que nada ni nadie puede explicar.

¿En qué momento de nuestras vidas coincidimos? Ya no lo recuerdo. Sí tengo claro que fue después de escapar del manicomio, cuando maté al doctor Gruizma. Acólito de aquella fantasmal organización, Ka Caos en Polvo, era el psiquiatra un personaje cruel; me atormentaba y torturaba con un sadismo voraz, casi intelectual. Se merece lo que le hice. En cuanto a la mafia esa, ya no sé nada; ni siquiera tengo noticias de si se ha desintegrado tan repugnante estructura criminal. Ahora es la policía quien me busca, y con el tiempo, también a Pepito. Llevamos la impronta de los fugitivos. Tarde o temprano nos capturarán, sin duda.

Esos agentes del orden están armando gresca, provocando a los muchachos latinos que se han agrupado para beber cerveza y fumar porros en el rincón de la plaza. No parecemos levantar sospechas en los policías, pero daré un toque de atención a Pepito y, después de este descanso que hemos realizado, nos pondremos otra vez en marcha, al encuentro del hermafrodita de la embarcación. Eso me dijo cuando fuimos sus invitados: que poseía ambos sexos. Esta persona puede ser la solución para nuestra desesperada y angustiosa situación: vive en el mar, fuera del contexto social predominante. También, por lo poco que me explicó, ha tenido problemas graves, consistentes, a lo largo de su vida. ¿Quién mejor que él –o ella- para acogernos y comprendernos? Parece una criatura receptiva, comprensiva, asertiva... Buena en definitiva.

Pepito debe darse un baño, acicalarse y cambiarse esas ropas casi podridas. Yo también necesito algo así: la suciedad me rebosa. ¿Cuánto nos queda para llegar al puerto? Una vez allí, casi seguro que el individuo del que espero y deseo se convierta en nuestro anfitrión, no tendrá atracado el navío en los muelles. Debemos aguardar a que vuelva a tierra, cuando necesite repostar.

-Has estado muy pensativo –me dice Pepito.

-Sí. Para mi desgracia, aún a veces reflexiono –respondí.

Y anduvimos para alcanzar nuestra meta, borrosos entre el tráfago de la ciudad.

## SABÍAS QUE REGRESARÍAN

(05-07-2008)

*Sabía que regresarían*, pensaste al avizorar a tus conocidos. Desconectaste el motor y dejaste que la inercia transportara al barco hasta el amarradero. Allí, lanzaste la maroma a Pere y Pepito para que fijasen el navío. Así lo hicieron.

-¿Qué os trae de nuevo por aquí? –preguntaste mientras cavilabas en que no debiste tener aquel momento de debilidad, cuando le contaste a Pere Paranoias que eras hermafrodita y huérfano. En tus documentos constabas como varón, porque los masculinos eran tus genitales visibles; pero, aparte de tener un pecho ciertamente impropio de un hombre, en tu



interior gravitaban órganos de reproducción femenina. Te dijeron los médicos que podías ser inseminado artificialmente y parir mediante cesárea. Menstruabas por un orificio diminuto situado debajo de los testículos: fallido proyecto de vagina.

Pere Paranoias subió a donde tú estabas y te comentó, cabizbajo y con ojos huidizos, que Pepito y él necesitaban descansar durante una temporada, y no se les ocurría un lugar mejor que tu embarcación. Sabías que no mentía, que estaban en apuros. Rememoraste tus malos momentos, y acabaste aceptando la compañía.

-¿Por cuánto tiempo pensáis quedaros? –dijiste.

-El necesario... Mucho tiempo, hasta la prescripción de un delito que cometí –respondió Pere Paranoias.

-Me gusta este barquito, me gusta su dueño –comentó Pepito.

-Pepito –dijo Pere Paranoias, en tanto se giraba para encarar al aludido-, debemos ponernos al día en cuestión de higiene. Por favor, no te hagas el remolón; hueles muy mal, Pepito.

-Tienes razón. Debo mudar de piel, como los lagartos.

-Mientras os aseáis, iré a un cajero automático y sacaré dinero. Compraré víveres, combustible y alguna prenda que pueda servir – comentaste complaciente, para de inmediato cambiar de tema-: Ahora somos tres. Sólo percibo una pequeña ayuda del Estado. Nos resultará insuficiente porque creo que vosotros no tenéis ingresos. ¿Es así? – Ambos interpelados asintieron con la cabeza-. Buscaremos cómo solventar las necesidades económicas.

-Te agradecemos muchísimo que nos acojas –expresó su satisfacción Pere Paranoias-. ¿Verdad, Pepito? ¿Pepito?...

-¿Eh, qué?...

>>¿Por qué gritan esos pájaros tan grandes?

-Celebran nuestro más óptimo futuro, Pepito. Se alegran por nosotros.

-Pu..., pues a mí me dan un poco de miedo.

-Es natural el miedo; siempre, en todo, queda un resto de incertidumbre –dijiste mientras descendías por la pasarela de madera.

## OPINIONES, ANÁLISIS Y COMENTARIOS

(21-09-2008)

Es de resaltar que fragmentos desarticulados como los hasta ahora expuestos van tomando una forma, a medida que avanzan, casi diríamos que novelística. Los engarces entre las situaciones y los personajes encajan poco a poco con una inusual naturalidad. Sólo podemos excluir de este contexto a los comentarios que parecen decantarse hacia la reflexión; y éste es, aquí y ahora, el caso. ¿Por qué una voz narradora, la cual no parece ser siempre la misma ni tampoco refiere temas y asuntos que se encuentren unidos por una materia común, aparece indiscriminadamente y a su antojo? El motivo de esto se debe buscar en

las primitivas intenciones respecto a la obra: no fue concebida en un principio para desarrollarse como libro.

Comienza la historia con el ambiguo individuo a quien la voz narradora tutea. Seguidamente, este protagonista inicial permanece al margen durante bastantes páginas, cuando ya daba la sensación de que quedaba excluido definitivamente de la acción novelesca. Pero hemos visto que no sucede así: es rescatado más tarde. Ahora parece haber tomado consistencia suficiente, y por lo que de él se narra, puede resultar ser un personaje interesante. Su reencuentro con el lector se debe a la intervención de Pepito (sujeto inclasificable, aunque cimiento de la obra junto a Pere Paranoias: ambos forman una pareja estafalaria y patética, pero con caracteres consistentes), que decide ir a su búsqueda. A partir de aquí todavía no se sabe nada.

El muchacho que contempló cómo se desmoronaba y desvanecía la anciana, marcará un punto crítico, como de vaivén o péndulo, en el devenir de la historia.

Hay que transmitir con objetividad.

Episodios como este mismo, a menudo llevan a pensar en actos que incumplen las normas de la novela tradicional. Y eso es lo que ocurre realmente.

Debe comentarse una cosa: despersonalizar al narrador no es obstáculo para que a menudo se manifieste alguien en realidad muy cercano a él que exterioriza opiniones. (Para darle sentido a semejantes palabras deberíamos remontarnos al inicio, a un lugar donde una persona dijo que se podía expresar cualquier resolución con absoluta libertad – sugerencia capciosa ésta puesto que no era así, para nada: las temáticas estaban predeterminadas y los márgenes de opinión eran muy escuetos y constreñidos-.)

Es una epopeya única el comienzo de todo proyecto, cualquiera que sea este, y más aún cuando con el libro que tenemos ahora la satisfacción de curiosear, todo se encontraba borroso respecto a sus posibilidades de ser concebido: ni siquiera se hallaba en estado embrionario. Pero bien, aparte de haber ofrecido tan ambigua exposición respecto al germen que dio pie a que este texto de narrativa se empezase, lo cierto es que hay una construcción en marcha y, si las circunstancias acompañan, se le debe dar fin. Todo llegará.

De tal modo, concluimos en que de momento este libro es un conglomerado de relatos, y exposiciones a modo de ensayo; por lo tanto, la pauta que regirá respecto al conjunto será la inconstancia. Lo más arriesgado para el texto que se está formando –la totalidad de él- consiste en que se pretenda descifrarlo, que, en definitiva, se le aplique un bisturí para extraer sus vísceras con la intención de ordenarlo y clasificarlo, pues toda su estructura es anómala, y por consiguiente, generaría falsos

resultados a quienes intentasen otorgarle una base y una jerarquía conceptual.

Debe reseñarse que el gran encanto transmitido por los personajes durante su estrambótico vagar radica en que son inverosímiles pero a la vez auténticos. Semejante sensación la ofrece de manera sobresaliente Pepito. Pero, hay que decirlo, Pepito muere en el relato donde aparece por primera vez. Más tarde, a medida que el personaje toma un inusual protagonismo, el narrador plasma un bucle temporal, casi metafísico, para volverlo a colocar en el interior del túnel –ya junto a Pere Paranoias– con la intención de que salga vivo del lugar y así dar cierta verosimilitud a su itinerario por el libro. Si somos estrictos con lo que se nos cuenta, durante algunos episodios Pepito deambula en estado de “muerto que está vivo”.

Como no hay pretensiones de hacer una hermenéutica del texto, sólo se resaltarán, para acabar, que otro par de personajes pululan por la historia con ansias de protagonismo, y son la joven pareja del concierto. Es posible que su devenir se resuelva más adelante.

Ciertamente los comentarios que se han expuesto en este episodio son un poco precipitados porque el libro no ha hecho más que comenzar. Aunque tampoco se desea que las apostillas aquí mencionadas puedan resultar inapropiadas.

## CONVERSACIÓN CON LA MADRE

(07-07-2008)

-Madre, aquella anciana se deshizo ante mis ojos. Te lo juro.

-No menciones, hijo, a esa señora. Ella descansa en paz desde hace mucho tiempo.

-¿Sabes a quién me refiero?

-Es mi madre: tu abuela. Yo he tenido sueños en los que aparecía del mismo modo que tú me has contado.

-En tus sueños, ¿te da esa nota que me hizo leer?

-Casi.

>>Lo único que sé, hijo mío, es que el muchacho que el pasaje escrito describe, era mi hermano, fallecido hace mucho. Tu abuela murió de dolor y pena ante la fatalidad de perder a un hijo antes de dejar este mundo ella misma.

>>>No te quepa duda, hijo mío, que eso lo soñaste. Y el hombre que a menudo vislumbras cuando sueñas, es tu abuelo.

-¿Pero cómo puedo tener sueños similares a los tuyos, y además referentes a personas que jamás conocí?

-Es una cosa parecida a los vasos comunicantes. La genética y la muerte tienen porosidades por las que la información a veces se desborda y se derrama como una letanía en un prado de amapolas.

-¿Cómo puedes hablar, madre, de un modo tan culto si tú ni siquiera fuiste al colegio?

Y me despertó un pellizco de sudada angustia.

Mi madre murió ayer, coincidiendo su deceso con el atraco que sufrí en el trabajo. He pedido la baja laboral por depresión. Me la han aceptado: demasiados sobresaltos en un mismo día. Debo relajarme y descansar. Mi primera idea ha sido la de embarcarme en un crucero marítimo, conocer chicas jóvenes, comprensivas y dispuestas a regalar amor. Me dejaré llevar por los instintos, pues la naturaleza siempre ha sido más sabia que el pensamiento. Mi subconsciente se halla inficionado y saturado de ancianas y otras personas pretéritas a mí. Ahora se añade la pena, la angustia, la desazón por la pérdida de mi madre.

Acudo al comedor. Me habla mi primo y no comprendo lo que dice. Mi esencia vital se ha desgastado, como la pechuga asada, con patatas de condimento, que me ha preparado la tía Encarnación. Casi no tengo hambre y me duele la garganta cuando degluto: una materia pastosa y seca se atasca en mi boca. Dejo de comer, y acepto el pésame de la vecina, buena amiga de mi madre. No estoy para soportar formalidades, por lo que comunico a los presentes que regreso a la habitación.

Mi madre, a su muerte, ha entreabierto el velo de lo que puede significar la anciana. ¿Será cierto que en determinadas circunstancias de alteración de conciencia nos comunicamos con los muertos? Ya no importa; mi madre no estará conmigo por mucho que mis sueños la revivan.

Me pesa el pesar, y comienzo a llenar una maleta para iniciar el viaje del olvido, sin esperar siquiera al entierro.

## DOCTORADO

(08-07-2008)

Fue maravilloso ver que mi chica recogía el diploma de su doctorado en Psicología. Su especialización era en drogodependencias y trastornos de conducta adictivos. Sus notas habían sido las más altas de toda la promoción. Debíamos celebrarlo.

La besé en los labios cuando vino a mí.

-¿Vamos a otro concierto? –preguntó indecisa.

-No. Esos entretenimientos ya son historia. Pasaremos una semana en un crucero.

-¿Tenemos dinero? Mis padres siguen enfadados con lo del año pasado, por el mes que estuve ingresada en el centro de rehabilitación para toxicómanos, y aún me retienen la asignación semanal.

-A día de hoy, puedo permitirme que todo vaya a mi costa.

-Pero no gastes mucho, porfa. ¿Adónde iremos?

-Lo de veras sabroso de tales viajes es el propio trayecto. Ya sabes: baños de espuma o de barro, discoteca, piscina, restaurante..., incluso casino y gimnasio. Nos lo podemos pasar muy bien y a la vez tratar con mesura el desembolso.

-Como quieras. Dame otro beso.



Me sujetó con ambas manos la parte posterior del cuello, se puso de puntillas y plasmamos un beso de tornillo que nos dejó sin aliento. Nos separamos con un *plop* de ventosa.

Aunque aún seguíamos juntos, la verdad es que tal viaje resultaría nuestra última oportunidad para considerar si de veras éramos compatibles y podíamos congeniar. Teníamos caracteres muy diferentes, divergentes en exceso. Y sus problemas con las drogas eran muy serios; no acababa yo de creerme que pudiera desembarazarse de ellas sin más. Pese a todo, intentaríamos no romper nuestra relación.

-Mira mis compañeros, qué contentos están. Pero ya marchan y nos estamos quedando solos –dijo.

-Con nadie te has congratulado. No has hecho amistades.

-¿Para qué las quiero si te tengo a ti?

-Bueno, como gustes, son tus asuntos.

Rodeé su cintura con mi brazo y llegamos a la calle después de atravesar los jardines y dejar atrás el edificio de la universidad. Era pleno verano y las posibilidades de ocio y diversión en nuestra ciudad son múltiples y atrayentes. Somos dos jóvenes que intentamos sentirnos enamorados y necesitamos encantarnos el uno al otro. Le propuse almorzar en algún chiringuito del puerto. Aceptó de buen grado, alegre y feliz.

-Podemos pedir paella. Para beber, sangría.

-¿Sangría? –repetí-. ¿No estás en proceso de rehabilitación?

-No me siento una alcohólica. Sucede que en realidad mis problemas con sustancias adictivas son menos graves de lo que mi entorno supone.

-Bueno... Si tú lo dices... –Me ha enseñado la experiencia que a mi chica no debo contradecirla.

## CRUCES

(10-07-2008)

Me irá bien este reposo. Aquellos dos que pescan en ese barquito me resultan conocidos, y no sé de qué.

Mamá tenía razón.

Ayer se puso hasta el culo de todo. Si este viaje no representa un revulsivo, la tendré que dejar.

Me encuentro mal.

El tonto este no sigue mi ritmo. Será mejor que abandonemos la relación.

Ese chico... Qué miedo. Llamaré la atención de..., ¿cómo se llama?... Le daré el toque y nos meteremos en el camarote para que no nos vea. Qué miedo.

Siempre incordiando.

Están nerviosos desde que la gente ha comenzado a aglomerarse junto al buque de recreo.

Engarce con hebras de sol. Debe hilarse fino.

Son despilfarradores y aún no aportan nada. Me preocupa.

No se equivoca. Es el muchacho de aquella noche. Ahuequemos el ala.

Cómo corre. Me cuesta seguirlo. ¿Qué debe hacerse para ir tan ligero? Raras son las cosas, oye.

Tengo una sed terrible y me encuentro deprimida y mal. Ese chico es guapo. Parece encantado con la contemplación de esa barquichuela. Qué rápidos van esos dos.

Ahora se pone a mirar por la borda, cuando debemos darnos prisa para desempacar.

Esa chica me observa. Tiene cara de viciosa.

Seremos solventes puesto que se abastece el escarnecimiento traspuesto por la bancarrota afincada en salacidades inconsecuentes. No debe expresarse con lýtotes lo que no carece de importancia. Resulta válido y no desmerece en absoluto. Cuando la epacta sea seis, el año entrante entroncará con el nuevo amanecer para la Humanidad. Precavidos seamos. Las sensaciones que emanan del relevo son opresivas, fatídicas por su inconstancia.

Papá y mamá están preocupados, no por el viaje sino porque les desagrada mi chica. En el fondo tienen razón. He sido un estúpido; he perdido mucho tiempo por ella. Ésta es la última oportunidad que le doy.

No me sigue el ritmo y además es mediocre en la cama. Ese muchacho me gusta. Haré por coincidir con él.

Espero que no tenga rayos equis en los ojos. Qué susto. Qué miedo.

A veces las casualidades pueden tener un efecto devastador. ¿Quién iba a decirnos que nos topáramos con ese muchacho? Miraba hacia aquí con mucha atención. Debemos ser precavidos.

Han marchado como poseídos por almas en penitencia. Las alpargatas están muy usadas y desgastadas, llenas de roña. Los critico a ellos y soy yo quien debe ponerse al día. Pero no sé qué me ocurre para dejarme llevar por la desidia y el abandono. Quizás las esperanzas se agotan y mis desilusiones trastocan un devenir que debiera resultar melifluido, placentero, depositado en una languidez ausente de requiebros. Necesito algo que me anime. La pirosis que sufro en estos últimos tiempos es contraindicativa para el optimismo. Creo que mis inoportunas migrañas son un efecto secundario del daño ubicado en el sistema digestivo. Bueno; no lo sé. Pero si esto continúa iré al médico. Ha de recetarme algo que cure, no sólo que alivie. ¿Podría llegar a contraer una úlcera de estómago? No debo obcecarme porque caeré en rutinas de pensamiento hipocondríaco.

¿Y qué haré cuando regrese del crucero? Lo cotidiano no me estimula. Es asfixiante el recuerdo de mi madre. Me posee la sensación de que aún vive. No queda otro remedio que acostumbrarme a su ausencia, sin sus cuidados ni sus mimos. Ninguna otra mujer puede convertirse en un revulsivo que la suplante. Ha muerto joven. Debo distraerme; para eso he venido. La de la cara de pendón me miraba con buenos ojos, aunque yo juraría que la acompaña el joven con quien a veces cruzaba comentarios. La pomada antiinflamatoria no la guardaré en

el lavabo, a la vista del servicio de limpieza. A nadie le importa si tengo hemorroides.

La soledad hace bullir el caldo de las expectativas ausentes, sin omitir la evidencia del aburrimiento y el desasosiego. Son desabridas las salidas, porque no existen. Es posible que la solución esté en cambiar de actitud y en explorar puntos de vista que normalmente pasan desapercibidos. A veces basta un simple guiño para engañar al destino.

Cuánta gente. Burlan mi desamparo. Debo conectar y no desanimarme.

La salud, vértice del ansia de vivir, rememora su complacencia ante la falta de objetivos. Rectifico: eso conllevaría un inexacto planteamiento existencial. Ayudémonos a encontrar el amor, la reivindicación de los sentidos, y el hallazgo de una modalidad óptima para concebir los hechos que pretenden superarnos. Lo definitivo es encontrar salida a sucesos que en apariencia no la tienen.

Se le ve concentrado, pensativo, como si pretendiese desentrañar el sentido oculto de la vida.

(...) ¿?

## NARRATIVA Y RECUERDOS

(14-07-2008)

Isa era una adolescente pequeña, toda redondeces de algodón, como una esperanza. Sedente, lánguida con los codos apoyados en los muslos, las manos abiertas sujetando su cabeza bajo el mentón, miraba entre aburrida y melancólica al muchacho cuya presencia física desde hacía tiempo le venía provocando una perturbadora e incomprensible sensación entre las piernas. Pese a la certeza de que le atraía el joven, ella no se esforzaba; mustia y reflexiva, sesgando sin sobresaltos este mundo, dejaba que se le colara por los oídos la música pop que gustaban de escuchar sus amigos, entre los quebrantos irracionales de un guateque. Isa se sentía sola, abandonada por sus bailonas compañeras del frenesí. Se limitaba a permanecer sentada y vigilar los movimientos del chico, a través de sus ojos entornados, casi cegados: calidad de gesto en su vista que no podía negarle a su oído, por lo que Isa se dejaba llevar por ensoñaciones rítmicas y fluctuantes ante el sonido, debido a que la música es belleza desintegrada, descompuesta, y revertida por conductos ignorados hacia imágenes psicocinéticas: mezcla de recuerdos, deseos y ritmo: pulsaciones a la búsqueda de lo ideal, con reminiscencias de nostalgia, como es Isa.

El fragmento precedente fue escrito hace más de nueve años respecto a las palabras que ahora se plasman. El hecho de que casi una década después pueda retomarse el párrafo y considerarse como bueno, es para alguien motivo de orgullo y satisfacción.

Hace tiempo, existió un buen escritor, y se rescata lo expuesto al principio del capítulo sólo por consideración hacia tal individuo, pues ese “yo” que redactó semejante texto era una ruina psicológica y social. Han

pasado muchas cosas desde entonces, pero el entroncamiento del ayer y el hoy, a efectos de la falta de respeto que sufrió esa persona por el mero hecho de no encontrarse bien, me lleva a un atisbo de rebelión que tiene la intención de defender y confirmar como autor -y autor genial- a aquella deliciosa y desgraciada criatura.

Pocos escritores pueden transfigurar a una muchacha en música, y aquel hombre, rechifla de su entorno, lo consiguió. No siento pena por él, aunque sí compasión y cierta desolación, debido a que fue fustigado hasta límites intolerables, de tal manera, que no pudo llevar a la práctica una obra cuyos resultados hubieran sido estremecedores por su potencia generadora.

Las cosas han cambiado mucho y es probable que no se encuentre entre nosotros el citado creador. Y ya nada es lo mismo.

Descanse en paz el genio.

## MADRE E HIJA

(15-07-2008)

Cuando se bañaba en la alberca junto a otros adolescentes, la madre le advertía que tuviese cuidado con los chicos, que con un simple roce podía quedarse embarazada. Al transcurrir de unos pocos años, clavadas sus uñas en la piel de las tapas de un libro de divulgación, concretamente de fisonomía humana, supo que el consejo de su madre era inútil, por

imposible de ocurrir. Pero para la hija, en aquellos momentos de inocente chapoteo, resultaba eso algo tan cierto y creíble, como por ejemplo que con los ojos se puede ver.

A la joven le gustaba Ignacio, un muchacho delgado y fibroso como una lagartija, iris verdosos, pelo castaño y piel embadurnada de sol. Era él el único chico con quien evitaba el contacto, porque pese a las advertencias de su madre, todos los jóvenes se tocaban, y peleaban haciendo ahogadillas en el agua, en las cuales se formaba una batahola de carne y extremidades difícil de separar y clasificar por individuos. Cuando la diversión languidecía, de modo paulatino salían del agua y se tendían al sol después de secarse con las toallas. Ahí ella sí procuraba hacerse un sitio junto a Ignacio, pero el muchacho era el más solicitado por las chicas, y no siempre conseguía ella su propósito de colocarse a su vera.

Más tarde, llegaban los padres con sus coloridas y ligeras ropas de verano, las cabezas cubiertas con sombreros de paja. Interrumpían el reposo de la juventud golpeando con cucharones y otros utensilios de cocina sobre la superficie de sartenes y cacerolas. El estruendo era espeluznante e irritante, pero los muchachos se desencajaban de su desgana en realizar cualquier actividad y se sumían en una agitación alegre al vislumbrar el lleno del estómago voraz.

-Venga... Todos a comer... –anunciaba la madre de la joven, que era casi siempre la encargada del comunicado.



Aquella tarde Ignacio respondió con un pedo esplendoroso, límpido, que hizo irrumpir en carcajadas a todos menos a quienes estaban próximos a él.

Lo que ninguno de ellos jamás supo es que la ventosidad tuvo un efecto mariposa cuya consecuencia fue el desencadenar un huracán en la zona del Caribe. Arrasó con todo y hubo más de cien mil víctimas mortales.

Se sentaron casi de hinojos en pedruscos, alrededor de una enorme paella llena de arroz con conejo, aún humeante. Repartieron porciones en platos de cartón y comieron con ganas y alborozo, pasándose la bota de vino los adultos, y el botijo con agua los jóvenes. Aparte de la propia algazara de los comensales bajo la sombra de un frondoso castaño, sólo se escuchaba el monótono y abrumador ruido de fondo, como una carraca, de las cigarras. Acabaron de comer, y nuevo descanso hasta que el sol bajara más en el firmamento. Sucedido esto, se incorporaron todos, incluidos los niños y los adolescentes, para vendimiar.

Los días eran prosaicos, repetitivos, pero no exentos de belleza pese al duro trabajo. Fue una temporada hermosa, de ausencia de actos desagradables, excepto algún que otro roce o discusión, y de encuentro con la amistad y el compañerismo.

CONOCIDOS

(17-07-2008)

Un buen día Pepito decidió dar un paseo a solas por la ciudad. Sentía que debía estirar las piernas porque se le acalabraban cada vez más de tanto permanecer casi inmóvil en la embarcación.

Llegó a un zoco lleno de inmigrantes que comerciaban con objetos inverosímiles e inútiles. Se encaró a un puesto de venta para contemplar las muñecas hinchables usadas que había expuestas, cuando notó que lo tocaban a la altura del hombro derecho. Se volvió y reconoció de inmediato a su antiguo amante, el vecino del cuarto piso.

-Caramba, Pepito, casi no te conocía. Vas hecho un señor –dijo como saludo el hombre.

-Es que ahora me obligan a ducharme.

-¿Quién te obliga?

-Mis nuevos compañeros.

Este viejo conocido tenía buenos ingresos por su trabajo, además poseía una saneada cuenta a plazo que le proporcionaba, a un interés más que aceptable, bastante dinero. A modo de recuerdos relámpago, rememoró el caballero los orgasmos anales que Pepito le proporcionó en su momento; y esto lo llevó a hacerle una proposición deshonesta a cambio de doscientos euros. Al buen hombre le palpitaba de regocijo el ojete, sobre todo cuando le acudía a la memoria el descomunal miembro viril de Pepito. Éste dudó cuando escuchó al otro; se estaba volviendo decente y formal: “¿Aquí mismo?”, dijo. “No, hombre, en mi casa, en el cuarto piso. Sabes que no queda lejos.”

Fueron, lo hicieron, Pepito cobró lo prometido y se despidieron con un abrazo porque hacía mucho que no se veían, y no sabían si volverían a encontrarse.

La cuestión de fondo era que Pepito había conseguido dinero. Entró en el supermercado de una gran superficie y acudió a la charcutería. Compró hamburguesas, morcillas, salchichas, chorizo, etcétera, además de un buen queso de Cabrales. Tenía ganas de comer carne y productos lácteos porque el hermafrodita los inflaba, a Pere Paranoias y a él, de verduras y legumbres hervidas. Se guardó el dinero que le restó, y anduvo con la bolsa de plástico repleta de comestibles hacia su nueva morada.

Pere Paranoias contemplaba preocupado la carretera que convergía en el malecón, para ver si aparecía Pepito, pues comenzaba a anochecer. Y en efecto, por allí venía él, con su elegante caminar de pato. Ya próximos a coincidir se saludaron agitando ambos un brazo. Paranoias emitió un suspiro de alivio cuando su amigo subió intacto a la embarcación, porque a aquél le preocupaba lo que pudiese ocurrirle a Pepito: se sentía como un padre respecto a él.

No se daba cuenta Paranoias, tanta era la estima que había llegado a adquirir hacia Pepito, que éste tenía ya una cierta edad, y gran parte de su vida la había sabido capear solo. Pero los sentimientos de aprecio deslizan una pátina protectora; y la seguridad nos queda, aunque era en realidad un amparo mutuo, de que Pepito agradecía de veras el paternalismo hacia él transferido.

## SE SIENTE

(18-07-2008)

No es culpa mía que la pareja arrastrara problemas. He poseído como un sátiro; y me he relajado como un caracol al sol. Es mía; la ruptura entre ellos se evidenciaba ya en cubierta, cuando embarcamos. Las relaciones humanas son frágiles. No me he aprovechado de nada; el muchacho mismo dio el visto bueno a mis intenciones: “Para ti es si ambos lo deseáis. Mi paciencia con ella se ha agotado”, me dijo. Y yo tomé el relevo.

Hablé con toda la seriedad del mundo, cuando me enteré que es politoxicómana, al decirle que a gente así yo no tengo paciencia ni carácter para soportarla, por lo que debía someterse a un tratamiento intensivo y abandonar de una vez por siempre las drogas. De momento sigo con ella, a la espera de una óptima reacción, que parece ir bien encaminada. Es guapa, inteligente y buena persona. No quiero perderla.

Aunque todo se encauzase como me gustaría, jamás podrá sustituir a mi madre en cuestiones de afecto. Pese a esto, es ahora lo más apreciado que tengo. Quizá iniciemos vida en común, a falta de pequeños detalles respecto a su problemática. De todos modos ya ni siquiera fuma desde hace una semana. Me dice ella que siempre había deseado encontrar a alguien con un modo de ser como el mío. No soy propenso a

analizar a fondo; ignoro por tanto qué tipo de cosas positivas ve en mí, las cuales, las que sean, al parecer no estaban en su anterior novio. Se le veía un chico muy formal, educado, con clase y agudo. Puede que ella los prefiera más llanos; no sé.

El turno rotativo de la gasolinera me está desgastando un poco. Hoy voy de noche. Espero no tener algún percance. Aquel atraco me impele a plantearme el cambiar de trabajo, aunque está mal el asunto del empleo, con la crisis que ha devenido. Aguantaré; qué remedio. No es que sea yo un buscavidas, pero podré seguir adelante sin mi madre, y espero que con mi chica. Hay que ser fuerte: la vida no suele dar opciones. Cuando regrese del trabajo, dormiré, inoperante por la nostalgia, y abrazado al alborozo de un tibio porvenir junto a mi niña. Al despertar la llamaré para quedar a tomar algo antes de volver otra vez a la faena. Espero que este periodo inicial de transición con ella sea breve, y me conecte por fin a un futuro en el que la derrota se venza a sí misma para que la prosperidad nos acoja en su diadema con ribetes de anhelo y alegría, durante el transcurrir de la vida.

## DE LO QUE SUCEDE

(19-07-2008)

Emerge de la nada hasta prolongarse como el imperio de la palabra devastada. No posee noción ni nombre. Se le identifica por su escaso

dominio de la razón y su aspereza en la divergencia. Clama en silencio y ratifica el sometimiento a la indiferencia.

La plaga devino y el hombre sorbió entre gorgoteos de placer el vino.

No era un amanecer como los anteriores; el cadáver reposaba rígido entre inmundicias. Le dieron lustre a la habitación, la adecentaron con esforzado y pulido trabajo. Un responso y un adiós imperecedero fueron el consuelo del deceso; después, la incineración.

El loco no recuerda ni habla solo. El pintor asumirá que no lo verá más.

Sigue el proceso: la mímica se regenera, y otros recorren las calles desoladas de las inciertas mañanas.

Nos encontramos en los últimos coletazos de calor de un estío que languidece, mustio, agotado.

Las medusas invadieron las playas. Ondeaba la bandera que indicaba peligro pero muchos bañistas la ignoraron y debieron ser curados de excoiaciones urticantes por las enfermeras ubicadas en los improvisados módulos sanitarios que se colocan en verano en las costas.

Entre los que fueron prudentes a las advertencias de los socorristas, se halla un joven solitario, con ensueños aún palpitantes sobre una chica de la cual piensa que tuvo que soportar. Deja de permanecer estirado; se levanta y sacude la arena incrustada en la toalla; pliega ésta y la introduce, con los demás enseres, en una bolsa de nailon; pasando la correa sobre el hombro izquierdo, se la cuelga en ese costado del pecho. En bañador y con chancas recorre un buen trecho hasta introducirse en

una boca de metro. Se dirige a su casa. Ha meditado bajo el sol, y concluyó en que debe buscar trabajo, en horario nocturno para incorporarse por las mañanas a la universidad y finalizar la carrera de Económicas que dejó inconclusa. Pese a que podría vivir indefinidamente con sus padres, considera que es mejor emanciparse, y opción óptima es la de emparejarse con una mujer que lo comprenda y lo quiera, y él asimismo la correspondería.

Aún balbuceante su juventud, presume del advenimiento a una sensata madurez. Se siente un hombre afortunado: muchos a su edad caen por el terraplén de la desgracia y el entorno astillado.

## NÓMADAS

(20-07-2008)

Un lustro pasó para que Ignacio se atreviera a pedirle la mano. Colocándose de rodillas, porque él era, aunque nadie llegó jamás a enterarse, un vampiro adolescente romántico, se le declaró recitando unos conocidos versos de Zorrilla. Prometió que le conseguiría todas las cosas bellas y agradables de este mundo. Ella no titubeó y respondió que sí.

Antes de arribar a tan ansiado momento de unión amorosa, habían recorrido con sus familias todas las regiones del país, a modo de gitanos nómadas y en condición de temporeros. De huerta en huerta recolectaron

frutas y verduras. Su gente no quiso emigrar al extranjero, como hicieron muchos otros.

Cuando la ocasión fue propicia, dejaron el campo para trabajar en las incipientes industrias que se establecieron en determinados puntos geográficos. Con sus pertrechos ambulantes, descendieron de la meseta, atravesaron el páramo y se incorporaron como obreros en una factoría de automóviles. Este utensilio, el automóvil, estaba convirtiéndose en imprescindible para todo el mundo. En aquel entonces cada familia se compró, con sus ahorros y el esfuerzo de su trabajo, un pisito en las proximidades de la fábrica.

Llevaban quince años casados ella e Ignacio cuando, hartos de intentarlo, desestimaron la idea de ser padres. Y repentinamente, un día cualquiera, ella comunicó que estaba embarazada. Se celebró la buena nueva de manera más apoteósica que la propia boda, enterrada ésta en fotografías de tres lustros de antigüedad. La nueva francachela se grabó para siempre en la memoria de los invitados a ella, los cuales fueron todos los compañeros de peregrinaje por las tierras fértiles del país, y por supuesto los familiares de los organizadores, con nueva juventud que había ido naciendo después del pasado de penurias de sus progenitores. Otros ya no estaban en este mundo, en lamentable ausencia, como la de un hermano de la futura madre, muerto hacía poco debido a un infarto de miocardio, sin aspavientos.

Poco tiempo después de haber nacido el ansiado bebé, murieron de modo casi consecutivo dos abuelos suyos, los padres de la madre. El niño no llegó a conocerlos, a sus abuelos maternos, pero sí los vislumbró entre



charlas diseccionadas en quimeras de desvanecida memoria. Por supuesto que ignoró siempre el nieto quiénes eran los desconocidos que aparecían en sus sueños; pero ya adulto, su madre, recién fallecida, le informó del parentesco y de los posibles motivos de sus apariciones.

Mucho antes de la mencionada revelación, cuando el hijo único comenzaba a entrar en la pubertad, Ignacio, su padre, debido a una depresión crónica se suicidó clavándose una estaca de madera en el corazón. Al quedarse sola, la madre cuidó con mimo y afecto a su retoño, que acabó convirtiéndose al cabo de los años en un déspota para ella. No soportaba él los lamentos y suspiros debidos al continuamente rememorado pasado de esforzada miseria de la mujer, y cerraba la puerta tras de sí dejándola a solas con su pena y amargura resignadas. El joven desaparecía durante casi todo el día y sólo paraba en casa para dormir y comer lo que la madre le preparaba con cariño; el resto del tiempo lo pasaba en la calle con los amigotes. Su fama de juerguista y noctámbulo, a costa de su progenitora, que lo pasaba muy mal para llegar a final de mes con la exigua pensión de viudedad que le quedó, comenzaba a ser considerable en el vecindario, voluminosa. Durante muchos años los intentos de la familia por enderezar al chico fueron en vano.

Un buen día él cambió de repente, se volvió introvertido y taciturno, hizo caso de las consejas de su madre y buscó trabajo. Su docilidad contrastaba con la imagen de chico rebelde que la mujer siempre había percibido en él.

La drástica mutación en el comportamiento del joven se produjo poco antes de que falleciera la madre; y el principal motivo de la

conversión fue uno de los encuentros con la fallecida abuela de sus ensueños. Lo que sucedió, o no, entre la anciana y él, allí, en ninguna parte o en todas, le hizo recapitular y cuestionarse el modelo de vida que llevaba.

## PENSIÓN

(20-10-2008)

Mientras Pepito estaba en el baño, tuvimos una conversación el hermafrodita y yo sobre asuntos económicos. Me sugirió que sería conveniente reunir la documentación necesaria para que Pepito percibiera una paga porque él, el hermafrodita, se encontraba muy limitado con la suya, y necesitábamos otros ingresos. A mí me excluía para acudir a la búsqueda de algún tipo de remuneración debido a mi delicada situación ante la Justicia.

-Paranoias –dijiste consternado-, sé que sois buenas personas pero no se puede vivir eternamente a costa de los demás. Mi administración es ajustada, severa; mucho de lo que comemos es subsidiado por centros benéficos, pero el barco es viejo y requiere un mantenimiento que cuesta dinero. Además debo pagar una cuota mensual por atracarlo en el muelle. Lo que a mí me dan es insuficiente para que vivamos los tres.

-Estoy de acuerdo –dije.

Justo en ese instante apareció Pepito.

-He encalado todo el aseo –comentó.

-Acércate, Pepito –dije.

-¿Ocurre algo?

-No; nada importante de momento. Verás... Comentábamos que estamos faltos de recursos, y necesitamos tu ayuda. ¿Tienes los papeles en regla?

-Yo no soy inmigrante –respondió.

-Nos referimos a si tus documentos están actualizados –aclaraste-. Tampoco sabemos nada de tu familia, Pepito. ¿Tienes algún pariente que nos pueda echar una mano?

-No sé si tengo familia. No sé cómo he venido a parar aquí... Antes sí, de pequeño tenía padres, abuelos, hermanos, tíos y todo eso, pero ahora no sé dónde están.

>>Mi amigo del cuarto piso, a cambio de favores raritos me da dinero...

-Raritos... –repetí con retintín-. Ya... Te acompañaré mañana al Ayuntamiento y nos informaremos sobre los requisitos que piden para otorgar una paga.

-No es conveniente que tú vayas, Paranoias –comentaste-. Hay vigilancia en esos lugares y alguien podría reconocerte.

-Mi imagen ha cambiado mucho desde que deambulábamos como espectros por las calles de la ciudad. No te preocupes. Además, necesito estirar las piernas; hace no sé cuánto que no salgo de aquí.

-Como quieras.

Pepito y el hermafrodita se han convertido en mi familia. Algo que de hecho, una familia, apenas tuve. Mi padre era muy severo. Hoy por hoy mis dos amigos son como hermanos para mí; de los míos auténticos, consanguíneos, ni siquiera tengo noticias de ellos.

Son buena gente, mis actuales compañeros. La poca sagacidad aparente de Pepito, y como consecuencia de ello, sus continuos disparates, son sin duda intentos por hacernos reír y llevarnos a todos a una vida más alegre y distendida.

El japonés que se aproximó a mí y me comunicó que debía chasquear los dedos para volatilizar a sus compañeros de etnia, y ante todo me recalcó que debía establecerle a Pepito su función de creador, fue un producto también de éste, seguro. No sé qué fuerzas inconscientes se mueven en el potente tablero de juegos que es el cerebro de Pepito, mas estoy seguro que él será el artífice de un nuevo orden... en el cual podría no figurar en absoluto el ser humano. Es todo esto un galimatías que puede haber comenzado ya. Hasta hace poco, la anarquía era el rasero que se incrustaba en nuestras vidas, la de ambos, y sin embargo ahora parece haberse trazado un rumbo... sin concretar. ¿Es congruente el mejorar para acabar en la inanidad? El desenlace se agota, hastiado de sus propias consecuencias. Es casi seguro que a Pepito le falta poco para trazar una meta definida. ¿Moriremos? Me gustaría proseguir sin penurias con mis dos amigos y, por qué no, ampliar nuestro entorno social con alguna que otra chica que quisiera adherirse a nuestra compañía.

Llegó aquél día de su paseo Pepito y comentó que estuvo con su amigo del cuarto piso. Por las pocas pistas que dejó entrever, parece ser que ese hombre es un homosexual adinerado, y Pepito carece de escrúpulos para depositar su semen. Es una idea mezquina y ruin, pero pienso que deberíamos analizar las posibilidades respecto a si ese hombre puede representarnos una fuente de ingresos. Pepito se prostituiría sin vacilaciones; él mismo lo ha insinuado hace poco, y no hemos profundizado en ello porque la conversación tomó finalmente otros derroteros.

Ahora nuestro capitán, o nuestro sirviente, pero siempre amigo, aunque tengo dudas sobre cuáles son sus funciones en el barco, se pondrá a cocinar la estupenda merluza que hoy hemos logrado capturar, y la enriquecerá con aliños y complementos sabrosos, y buena guarnición de patatas y pimientos fritos. Cenaremos y después iremos a dormir, no sin antes ver un rato la televisión, que Pepito ha encendido ya. Le gusta ver los programas de cotilleo, y poner el volumen al máximo.

-Pepito, baja el volumen del audio, hombre, que nos incordia –le dije.

-¿El qué?

-Que quites voz a la tele. -Y él, cogiendo el mando a distancia, obedeció. Es un bendito.

(24-10-2008)

¿A nadie le asombra ser lo que es? Llegamos aquí partiendo de la nada para encontrarnos con un medio brutal y hostil. Nosotros mismos generamos a menudo -y a la vez somos- el entorno. Todo es descabellado, como puede serlo, por ejemplo, el que la vida necesite devorarse a sí misma. Observamos estupefactos (no siempre, ni todos) que las cosas y las circunstancias degeneran y a la vez se someten a inescrutables intenciones con el aparente fin de ascender peldaños en una escala de valores que ha sido impuesta sin saber cómo ni por qué -y que tampoco se sabe a dónde llega-, a expensas de unas víctimas que ni siquiera comprenden que lo son. Carne, materia blanda, fluidos, pensamientos licuados extraídos de una ciénaga... son precarios soportes que atisban recuerdos originados por unos preceptos en los que el tiempo se desglosa caprichoso y arbitrario... No es de extrañar que la mayoría de personas se refugien en la fe. Deseo y más deseo para procrear y eternizar unos genes cuya finalidad es esa: prolongarse continuamente. Semejante aparato biológico, el nuestro, ha desarrollado capacidades cognitivas con un alcance lo suficientemente profundo como para que pueda cuestionarse cosas, incluyendo su propia existencia. Lo elemental y sorprendente de todo esto es que pueda ocurrir así, sin más: algo eres, y mortal; has llegado: asómbrate, reproducete y muere.

Condicionantes, limitaciones, preguntas sin respuestas, realidades, circunstancias, o cuestiones empíricas como el sueño, por ejemplo, que bascula entre lo tangible y lo ficticio sin ser ninguna de ambas cosas...

Un marasmo absoluto. Y no hay un objetivo concreto, se debe continuar sin más. De tal modo llegamos a lo que parece evidente: todo esto no es más que un efecto de prolongación, un “algo que no es un *algo*” que se sucede a sí mismo; ocurre y tiene lugar, y consiste en actos simultáneos y consecutivos sin caracteres teleológicos. Y tanto, tanto sufrimiento e incompreensión para nada: impresionante, deprimente, impactante...

Enfermedades, traumas, dolor, burla, penurias, hambre, amargura, rencores, odios, hipocresía, envidias, soberbia, perversión... Algunos inventaron el Infierno para manipularnos y someternos. Fue una idea que les vino dada: ¿tienes vida? ¿Sí? Pues bienvenido al Infierno.

Puede argumentarse lo contrario, que existen el cariño, el amor, la fraternidad, la solidaridad y muchos otros aspectos en apariencia positivos de la vida. Opino que estos caracteres enmascaran al interés, el cual subrepticamente realiza la función de hacernos llevadera la existencia, pues en caso contrario, o sea, si se viese siempre todo desde una óptica profundamente depresiva, al imperativo genético le costaría concretarse debido al suicidio masivo. Sólo se sucederían en el tiempo organismos microscópicos y seres con poco desarrollo cerebral, ya que respecto al sufrimiento son indiferentes, o casi.

Cuesta entender que la vida haya creado seres con capacidad para cuestionarla; no encaja de ningún modo semejante contradicción.

(25-10-2008)

Decidió Pepito dejar la embarcación por unas horas. Tomó el tren y marchó lejos. Descendió en el apeadero de un pueblo que casi parecía una aldea. Se internó por sus calles y resolvió que tomaría un café para sentirse más repuesto de las dos cansadas y aburridas horas que duró el trayecto.

Cuando el conocido del cuarto piso le hizo entrega de los doscientos euros, no lo gastó todo en comida, y además le entregó a su anfitrión y amigo hermafrodita la mitad del dinero que le restó. Sesenta euros se quedó Pepito, que los guardó con la intención de realizar una excursión. Y llegó el día: otoñal pero diáfano y propenso a dejarse llevar por las intenciones silvestres de Pepito. Entró en la única taberna que había en el minúsculo municipio y pidió el café. Mientras lo tomaba sentado a una mesa del interior del local, reflexionaba en que no debía alejarse mucho: tener siempre en su campo visual al pueblo porque desconocía la zona y podía perderse.

Estaban tramitando, Pere Paranoias y él, el asunto de una paga contributiva, pues Pepito cotizó durante algunos años trabajando como peón de limpieza industrial. Habían solicitado los servicios de un abogado especializado en semejantes menesteres, el cual les explicó que lo más dificultoso era pasar las revisiones médicas que declarasen a Pepito como persona con alto grado de deficiencia intelectual. Una vez conseguido esto -que en efecto se lograría, les aseguró-, todo marcharía sobre ruedas y el letrado podría cobrar su asignación, porque sólo era



retribuido si sus clientes adquirían la pensión. Pepito se sabía no oligofrénico pero sí un gran actor. Además, su desalentadora imagen era un recurso añadido que sabía manejar con gran destreza.

Acabado el café, tomó una carretera que se convirtió en camino cuando vino a dar con un riachuelo bastante caudaloso. Ambos, riachuelo y camino, se perdían, paralelos, bajo un tupido bosque.

Era un día impecable, lavado y bien vestido, con cantos y trinos de pájaros y furtivos sonidos de animales que se desplazaban por el sotobosque. Alcanzó una explanada de hierba recortada, casi césped, un prado donde debían de pastar los rebaños de rumiantes que el hombre explota para su beneficio. Al fondo de la verde llanura había una casita, casi una barraca, y en los dos peldaños del porche divisó Pepito a una anciana sentada en ellos. Se acercó a ella.

-Buenos días, señora. ¿Vive usted aquí? –La mujer alzó la cabeza, que hasta ese momento había mantenido baja, mirando al suelo, por lo que posiblemente no advirtió la aproximación de Pepito, el cual pudo observar tras su movimiento que era una anciana de rostro arrugado, con cierto matiz de bondad que sólo se podía apreciar de modo subjetivo.

-Estoy en todas partes. Intento expulsar una sensación de fatiga que no me abandona; es por eso que permanezco –respondió ella.

-Son extrañas sus palabras, señora. –La anciana se levantó con esfuerzo jadeante; y con sus brazos, tomó uno de Pepito.

-Demos un paseo –dijo.

>>¿Nunca te has preguntado de dónde provienen esas cosas que vislumbras? -prosiguió.

-¿A mis contactos con ese *algo*, se refiere usted? –acertó Pepito-.  
No. Sucede, y nada más. Siempre acaba por ser cierto todo; salvo una vez, cuando me asaltaron los japoneses, que fue una alucinación.

-Son ensamblajes de múltiples realidades.

Pepito no se daba cuenta de que la señora le hablaba de cosas que, cabalmente, debía ignorar.

-Yo tuve un nieto, hijo de una hija mía y de un vampiro –dijo bruscamente la anciana.

-¿Tuvo? ¿Está muerto? –preguntó Pepito sin sorprenderse lo más mínimo sobre la referencia a un vampiro.

-No, él no. Acerquémonos al arroyo. El agua discurre, cristal sobre musgo, cantos rodados pulidos por siglos de estancamiento.

Se sentaron en unas rocas próximas a un pequeño salto en el cauce. El remanso que producía la cascada rebosaba de vida acuática, incluidos algunos pececillos que se alimentaban sobre todo de los renacuajos que por allí pululaban. En la otra orilla se acercó una ardilla a beber, vivaracha y nerviosa, alegre, pero en todo momento temerosa y atenta a los posibles movimientos malintencionados de los dos enormes intrusos. Las hojas de los árboles se desprendían, y las que en su caída iban a parar sobre el agua, emitían un ruido breve, tibio y sordo, feliz. Todavía la temperatura era lo bastante alta como para que las cigarras hicieran vibrar sus membranas en las zonas soleadas. Resultaban encantadores y entrañables los sonidos que dispensaba la vida.

-Mi nieto no sabe que ha heredado la sed de sangre de su padre porque de momento no la siente –prosiguió la anciana-. También es

inmune a la luz diurna, como el progenitor. Cuando su cuerpo le haga saber lo que es, matará, o intentará matar, a su novia, por puro instinto. En cambio su padre sí fue siempre consciente de que tenía un problema, y cuando debía saciar su sed, realizaba incursiones nocturnas en las que la mayoría de sus víctimas eran prostitutas e indigentes. En resumen: se abalanzaba sobre individuos pertenecientes a estratos sociales muy desprotegidos.

>>Tú una vez viste al chico. Robabas productos en una gasolinera, junto a tu amigo. Mi nieto era el dependiente, el joven al que amenazabais.

La ardilla no estaba.

-No recuerdo eso –se hizo el desentendido Pepito.

-¿El robo?

-No sé de qué me habla, señora.

-Debes ir al encuentro del muchacho, Pepito.

-¿Pepito? ¿Cómo sabe mi nombre? Y sobre las cosas que me dice, ¿de dónde ha sacado la información? Usted no estaba presente...

-Ahí llega mi nieto de su sueño –lo interrumpió la mujer, que se levantó y acudió al encuentro del joven-. ¡Recuerda, Pepito, lo de los ensamblajes! –gritó mientras se alejaba.

-Pero si él está aquí, no tengo que ir a buscarlo.

-Aquí no hay nada ni nadie... –se perdió la espectral respuesta en ecos angostos y turbios.

-Pepito, es tu turno –dijo Pere Paranoias.

-Me has comido la que tenía más avanzada –comentó Pepito, agitando con ruidoso arrebató el cubilete.

-Soy muy bueno jugando al parchís.

-¿Cuándo tienes la revisión médica, Pepito? –dijiste.

-No sé. Ahí encima están los papeles.

-Quedan tres meses –aclaró Paranoias-. Si no ando con ojo me matarás ésta.

-Acudí al encuentro de una señora. Tiene un nieto...

-Ya me lo contarás otro día, Pepito. Llueve y hace mala mar, rizada. Es una pena que cuando vamos a solicitar la paga, te estés refinando y convirtiéndote en alguien con quien resulta agradable conversar, y cuya imagen externa mejora a pasos agigantados. Vamos a tener la mala suerte de que no nos otorguen la pensión. Ahora eres demasiado normal, Pepito.

-Siempre he sido un individuo común. No destaco por arriba ni por abajo. Esto... Tú...

-Pere, Pepito, a ver si alguna vez grabas mi nombre de por siempre en tu memoria.

-Puedo buscar un trabajo... –murmuró Pepito como hablando para sí mismo-. Pere, acudiré, cuando atraquemos en puerto, al juzgado para informarme de tu estado legal.

-No lo hagas. Podrías darles pistas sobre dónde estoy escondido.

-Seré prudente. Sólo preguntaré por el abogado de oficio que te lleva el caso. Él me pondrá al día. Piensa, Pere, que no hubo testigos ni dejaste huellas. Puede que esté todo archivado.

-¿Pero te he contado cómo fue eso? –preguntó Paranoias.

-No sé. Sí sé lo que hiciste, pero no recuerdo si me lo dijiste.

Te sentaste al lado de ellos para escuchar su conversación con más detenimiento; también con la intención de comunicarles que hoy sería otro quien hiciese las tareas domésticas, porque más que el anfitrión, tenías la sensación de ser una criada gratuita para ellos. Esto no podía seguir así, pensabas. Pero nuevamente callaste.

-... podremos recuperarte para la vida social y buscar trabajo ambos –proseguía Pepito-. Ayudaríamos a esta buena persona que tantos favores nos ha hecho. –Y te señaló con el dedo.

-Puede que tengas razón –aceptó Paranoias-. Debemos contemplar la posibilidad.

Te incorporaste y cogiste la linterna para comprobar si en la sentina se filtraba agua. Abriste la trampilla y con un rápido vistazo comprobaste que, en efecto, se estaba inundando.

-Traed la bomba. Tenemos trabajo –dijiste con exasperación.

CASI

(30-10-2008)

La muchedumbre se agolpaba contra el marco de la puerta. Nadie sabía lo que había pasado en la insensible noche de fina lluvia, constante y aletargada.

Se levantó del suelo la muchacha, emitiendo un leve gemido, aturdida y palpándose con los dedos la herida sangrante del cuello.

El servicio de seguridad del hotel impuso orden y se introdujo en la estancia el regente del negocio.

-¿Se encuentra bien? –dijo el hombre, preocupado-. La gente ya vuelve a sus habitaciones. Ha gritado usted de un modo horrible. Nos hemos asustado. ¿Dónde se encuentra el joven que la acompañaba?

-Cállese, por favor. Tanto hablar hace que me sienta peor. Sí; estoy bien. Él ha salido por donde usted ha entrado.

-¿Qué ha ocurrido exactamente?; si desea explicarlo.

-No puedo decir mucho. Noté que mordía en mi cuello con gran intensidad; sentí dolor, y ahora sangro. Ignoro por qué ha marchado de modo tan precipitado; pero volverá, seguro. Váyase, por favor, deseo estar tranquila.

-Restáñese esa sangre con algo. Me alegra que todo haya vuelto a la normalidad. Adiós, señorita.

-Adiós.

Una vez sola, se dirigió al baño y en el espejo observó que tenía dos heridas gemelas. Aún sangraban con languidez. Eran perforaciones minúsculas, sin duda producidas por unos colmillos más agudos de lo normal. Sintió mareos mientras abría el grifo, mojaba un poco la toalla y con delicadeza se la pasaba por las incisiones. Una vez limpio el cuello, puso la cabeza bajo el chorro de agua y sintió que se encontraba mejor. Cerró el grifo y secó su cabello. Se estiró soñolienta y perpleja en el cómodo sofá de la suite, frente al desconectado televisor. Un siseo que

indicaba silencio y calma la apartó de su aletargamiento. Miró al lugar de donde provenía el sonido. Era su chico, que se acercaba como una pálida pesadilla, impregnadas de sangre su boca y sus ropas.

-¿Qué te ocurre? –preguntó ella asustada mientras él, tembloroso, se hacía un hueco a su lado.

-No lo sé. Es una experiencia extraña, un delirio de visiones fugaces y caleidoscópicas en el que tú eres mi presa; me espanto y corro hacia la calle; y hay allí un perro abandonado de ojos mansos y confiados que me acoge en la noche mojada. Y ahora estoy aquí. No lo sé... –Y comenzó a sollozar, angustiado.

-Cálmate –le dijo ella, abrazándolo-. Estás empapado de agua enrojecida. Tu boca, tus ropas...; sí, también tus manos.

>>Tuve pánico al sentir el dolor. Y te vi atravesar el umbral de la puerta, perseguido por mi grito.

>>Hubo un remolino de gente. ¿Sabes?, por un momento pensé que no te volvería a ver.

-Aquí estoy, mi mente elaborando una explicación, y velando el sueño urdido por dos desconocidos a los cuales mi abuela ha desentrañado. ¿Alguna vez te he hablado de mi abuela?

-No.

-Mejor así.

>>Siento mucho cansancio. Deberíamos dormir, reposar. Mañana, al despertar entre una nueva luz matinal, se nos presentarán las cosas de un modo más diáfano, austero y realista.

-Tienes razón. Vayamos al dormitorio. Venga, deja de temblar. –  
Apoyó la palma de la mano en su mejilla, acariciándolo, dándole consuelo.

Cuando él se lavó, fueron a acostarse con una carga de agotado pesar, desanimados. Se desnudaron y conciliaron sueños que no eran sueños, sino letanías de incomprensibles vivencias, situaciones que los superaban.

Sonidos lejanos y mortecinos hicieron germinar ausencias en los jóvenes amantes.

Durante sucesos ignorados que alimentaban promesas, el tiempo se disolvió hasta que el cielo se tornó añil, con un perfume recóndito vibrando en la intersección de un nuevo día que despertó al obrero, al jefe, a la ama de casa, al albañil, a los apasionados perecederos, al perro que nunca ladra, a las aves que no emigran, al conejo en su jaula, y en el monte a la perdiz.

## TEMA DE CONVERSACIÓN

(03-11-2008)

El hombre, pintor de brocha gorda y ludópata, cotilleaba la conversación que tenía lugar en la mesa situada más próxima a él mientras, sentado en un taburete ante la barra del bar, tomaba un refresco de limón. Acodado un brazo en la pulida y desgastada superficie de



madera barata, y levemente girado hacia los contertulios, hacía lo posible por no perder detalle.

-Será el año que viene la consecución del cambio.

-Jamás pude suponer un reencuentro en semejantes circunstancias con los atracadores de la gasolinera. En fin; es agua pasada. Mi abuela implora por conseguir alguna solución.

-La búsqueda de ingresos debemos dejarla a un lado, y concentrarnos en este asunto.

-¿Qué sucederá?

-Me dijeron algo. Esos seres siempre comunican cosas, y nunca sé cuáles. Hoy es distinto. Será un amanecer en el que los tornados del cambio comulgarán el extravío de la civilización.

-¿Y parapetarnos, cobijarnos? El barco puede ser la solución.

-Cuando beba de vuestra sangre, ¿qué otras víctimas quedarán? Moriremos todos.

-Así sea.

-Las montañas. La señora señala las montañas.

El pintor dejó de prestar atención, pues no comprendía nada. Pidió otro refresco y entabló una conversación amena con la camarera. Se divirtieron ambos con sobrentendidos sobre ciertos productos comestibles y sus similitudes con los órganos sexuales.

Entretanto, discurría el diálogo en la mesa. Tal encuentro, con el fin de llegar a un acuerdo para un porvenir en común, fue propiciado porque Pepito y Pere Paranoias fueron al encuentro del joven, a la gasolinera. Este último ya los esperaba, advertido por su abuela, la cual, dentro de

sus posibilidades ausentes de ánimo, había mediado entre ellos con la intención de que se previnieran ante un futuro desfavorable para el ser humano. Iba a producirse un cataclismo, decía la anciana, y la solución era colonizar las montañas más altas y agrestes de la zona: debían buscar allí refugios subterráneos. Pero la supervivencia no estaba garantizada.

-... deberemos pertrecharnos...

-... conseguir mujeres fértiles...

-¿Y si se trata de un malentendido? Son enigmas que nos superan.

Y cabe la posibilidad de que esas *cosas* puedan equivocarse.

-De todos modos llamaré a mis amigas. Pondré al día a mi novia. Y si al final todo esto que hemos comentado no sucede, el permanecer una temporada en las cumbres cercanas lo podremos considerar como una excursión con la intención de reforzar lazos de amistad.

-Lo dejamos así de momento. Danos tu número de teléfono. Estaremos en contacto.

Se disolvió el trío. Al marchar, dejaron como único cliente del establecimiento al pintor, que evocaba a la camarera algunas concomitancias entre las morcillas y los hombres negros, anegándose ambos en carcajadas.

## ANALÍTICA CIRCUNSTANCIAL

(04-12-2008)

Que Pepito y Pere Paranoias dejen a un lado, o pospongan, el buscar algún tipo de ingreso pecuniario hace pensar que se toman en serio las advertencias de esos seres misteriosos que los acechan, o quizá los guían.

La abuela del joven vampiro es otro enigma, como en sí lo es el propio muchacho. ¿Pueden los muertos comunicarse con los vivos? Mucha gente no se cuestiona semejante pregunta: cree que sí es posible. Lo conveniente es que tales anécdotas queden planteadas aquí a modo de dudas.

Con cierta constancia reflejan los itinerarios del texto enorme cantidad de signos aleatorios, marcados a menudo como pautas en pico subsumidas por infinitos valles ocultos por una espesa niebla cenagosa, a veces casi pétrea. A nuestros protagonistas sólo los vislumbramos cuando nos alzamos sobre tan anómala orografía literaria, en los picos, y es ahí donde somos conscientes del bello placer que nos dispensa, desde siempre, la lectura.

Es sin duda objetable la filia a la sangre del muchacho.

Quedando claro lo dicho en el minúsculo párrafo anterior sobre los vampiros, ahora expondremos algunos detalles sobre lo que dio lugar al surgimiento literario de estas legendarias criaturas. Desde la aparición del *Drácula* de Bram Stoker se ha escrito mucho sobre vampiros, pero queda claro que no podemos saber con certeza si son seres que devienen de algún mito antiguo o son personas, normales, por supuesto, que han sentido alguna vez fascinación por la posibilidad de alimentarse sólo de sangre. *El manuscrito encontrado en Zaragoza*, de Jan Potocki, libro

publicado antes que la obra de Stocker, hace referencia a seres visionarios y vampíricos, lo cual nos da a entender que existe una atestación (pese a las eternas dudas sobre el tema) de que no siempre la literatura fantástica se ha fermentado en un plano de invención absoluta, sino que algunas narraciones podrían devenir de leyendas o supersticiones basadas, en parte, en hechos reales.

El objetivo fundamental de todo este resumen explicativo lo motiva el deseo de que los individuos diseminados en nuestro mosaico deben ser conscientes de su propia verosimilitud: estar vivos a su manera. Por ejemplo, los tres habitantes del barco desfogan su apetito sexual masturbándose en el baño, como se insinúa con Pepito, cuando dice que lo ha encalado: más natural y cotidiano no puede ser el deambular (por su supuesta vida) de esta buena gente.

Son las atmósferas mágicas y sobrenaturales las que echan a perder tal glosario de circunstancias costumbristas de una clase social que raya la exclusión y la indigencia. Y son precisamente esas escenas, a veces sumidas en una suerte de delirio, las que generan que los personajes tengan cierta importancia en un contexto global, puesto que, no lo olvidemos, se considera que son quienes van a salvarse del supuesto cataclismo que se avecina.

La metodología usada para escribir el libro produce que salidas, entradas y encuentros de los personajes en los diversos escenarios, sean un poco arbitrarios, por lo que acaban siendo vistos de manera un tanto difusa e inespecífica.

Se podría incorporar un pasado a Pepito o a cualquier otro protagonista, mas la cohesión sería difícil de conseguir y es posible que se estratificasen, con una ruptura parcial, muchos elementos de la obra, que de momento tiene pocas fisuras. Salvo una escueta cita sobre el padre de Paranoias –también se menciona a sus hermanos-, lo que mejor se conoce, sin duda, es una parte de la genealogía del muchacho vampiro, ya que hay dos capítulos que relatan las peripecias de sus antepasados más directos: *Madre e hija* y *Nómadas*.

El individuo que reflexiona, expone y analiza (es quien se manifiesta en este momento) diverge por completo de los demás. Con este comentario se alude, por supuesto, al hecho de que no entra en los acontecimientos, en el argumento. Es posible que resultara incluso conveniente hacerlo intervenir más adelante como otro protagonista más. El problema de semejante intención es que se trata de un narrador y “sabe demasiado” respecto al resto de personajes, que se limitan a vivir, a pulular por la obra. De todos modos ya es un poco tarde para que el “yo” narrador aparezca como individuo manifiesto.

Para acabar, resaltaremos la evidencia de que episodios aclaratorios como éste resultan ser una agradable guía coyuntural de las escenas que concurren en el presente espacio literario.

REFUGIO

(11-12-2008)

Te cansaba tanto ascender por la vertiente de la montaña... No sabías a ciencia cierta qué se traían entre manos tus amigos. Sin embargo tu intuición te decía que debías hacerles caso y seguirlos. Te faltaba el aire en los pulmones y resoplabas, sin resuello.

-Descansemos un momento, por favor... –imploraste.

Pepito y Pere Paranoias te tomaron en consideración y se sentaron contigo en una gran roca. El entorno olía a vegetación, a flor, a tierra, a pensamiento fugaz, a cariño; en suma, a todo aquello que dispensa sentimientos de dejadez y olvido.

-Este sendero es tortuoso y muy escabroso. Supongo que no queda mucho para que encontremos simas y cuevas –comentó Paranoias.

-Según dices, el plano indica que están por aquí. Yo tengo dificultades para interpretar esas cosas. Eres tú quien nos guía –dijo Pepito.

Paranoias se irritó un poco:

-Hombre, sí. Sólo era una observación retórica, joder... A ver... – Desplegó el mapa y le dio un vistazo-. A pocos metros hacia la derecha, tiene que haber una gruta. La íbamos a pasar de largo.

-Si estamos cerca, vayamos ya a verla –dijiste.

Reanudaron la marcha y se internaron entre la maleza, agitando Paranoias, que era quien encabezaba la expedición, una varita ante sí para eliminar las telarañas, entretanto que, con delicadeza, combaba con las manos, sujetándolas por las puntas, las ramas bajas de árboles y de arbustos, para caminar con mayor comodidad. Una vez pasaban los tres,

sin tomar precauciones ya, soltaba las ramas, que se agitaban a modo de abanico hasta que se les acababa la fuerza del impulso inicial, quedando casi inertes, sólo mecidas por una amable brisa que las acariciaba.

Muy pronto localizaron un enorme agujero alojado en una colosal roca. Era lo bastante grande el orificio como para poder entrar en él sin problemas.

-Es horizontal. Hemos tenido suerte; este tipo de cuevas suelen ser como pozos. Saquemos las linternas e internémonos con mucho cuidado: puede haber bifurcaciones verticales en zonas situadas a nuestros pies – advirtió Paranoias.

El suelo no deparó sorpresas desagradables. La gruta penetraba en la roca aproximadamente unos veinte metros y se espaciaba en su parte final formando una bóveda. Mientras se internaban por el agujero, hacían proyectos de distribución. Tras una exhaustiva inspección, convinieron en que el lugar les ofrecía perspectivas de convertirlo en habitable, por lo menos para una corta temporada. Calcularon que podrían refugiarse unas diez personas.

Salieron de la caverna.

-¿Y si estamos equivocándonos? ¿Y si todo es mentira y nada va a ocurrir? –se preguntó en voz alta Paranoias.

Interviniste:

-No tengo muy claro qué es lo que debe suceder, amigos. Pero si buscamos parapetarnos, esto, estoy seguro, es lo mejor que podemos encontrar por aquí; sin duda.

-Almorcemos allí, en ese calvero. Nos tocó un día tibio y agradable en nuestra excursión campestre, lo cual se agradece –dijo Paranoias, quien de algún modo se había convertido en el líder natural del trío.

Sacaron bocadillos, fruta y una cantimplora con agua de la única mochila que portaban. Se acomodaron en unas piedras, juntos, y comieron.

Paranoias, rememorando mientras masticaba, pensó que debía llamar al número de teléfono que le entregó Pepito, tras personarse éste en los juzgados. Al otro lado de la línea debía encontrarse con su abogado de oficio; y quería que le confirmase el letrado que, en efecto, su caso estaba archivado, según comunicó Pepito a Paranoias. Le extrañaba a éste, después de su reciente ingreso en el psiquiátrico penitenciario, acusado de un crimen, que de repente y tan pronto lo dejaran en paz; pero los mecanismos de la justicia son enigmáticos, y cualquier juez, examinando el caso y comprobando que no existían pruebas concluyentes en su contra, podía perfectamente haberlo sobreseído, y cerrarlo sin más, puesto que no deben gastarse fuerzas en asuntos sin desenlaces evidentes, teniendo en cuenta que los juzgados están sobrecargados de sumarios. Por otra parte, su preocupación por este asunto disminuía a medida que aumentaba su interés por la supuesta ruptura del mundo.

Paranoias, a lo largo de su vida, siempre se había caracterizado por dejar un poco de lado la realidad, y a menudo someterse a los designios de lo irreal y lo extravagante.



## PREPARATIVOS

(13-12-2008)

Eran cuatro chicas, todas jóvenes y bellas, el muchacho vampiro y Pere Paranoias y Pepito. Se habían reunido en una céntrica plaza de la ciudad. Una de las muchachas, precisamente la novia del joven, cuando llegaron todos los citados, propuso desayunar en una cafetería. Aceptaron lo planteado y entraron en un establecimiento de tales características, el más cercano a ellos. Hubo un pequeño revuelo cuando se acomodaron porque, aparte del ruido de corrimiento de sillas y los murmullos que se estancaban entre el despojarse de bolsos y abrigos, tuvieron que unir dos mesas para estar todos juntos.

Le dijo al oído una joven a otra, susurrando:

-¿Sabes de qué va el asunto? No entiendo el porqué de esta misteriosa convocatoria. Además, estos dos desconocidos son muy feos.

-Me comentó mi amigo que se trata de algo importante; sin más explicaciones.

Pidió cada cual según su gusto, salvo Pepito y Pere, que aunque tenían hambre, sólo les quedaba dinero para tomar un cortado a medias.

-Bueno, gente... –intentó iniciar el tema el joven vampiro, pero el barullo todavía era considerable. Esperó silente, mirando a todos con gesto adusto. Los reunidos, cuando se dieron cuenta de su expresión, callaron para prestarle atención:

-Mi chica y yo hemos hablado, con frecuentes disensiones debo aclarar, sobre unos hechos que se supone han de darse en un inmediato futuro, y por ello, por corresponder al porvenir, no tenemos pruebas de que vayan a suceder. Pero suponiendo que tuvieran lugar tales acontecimientos, no dudamos de su vital importancia para todos nosotros...

Titubeó un momento: en ese instante la propuesta que quería hacer le parecía estúpida, y los congregados, escépticos ante lo que oirían, quizás incluso se ofendiesen. Para que la reunión no se disolviese por no llegar su discurso a parte alguna, hizo entonces alarde de gran comunicador y dio una nueva apariencia a lo que en el fondo era lo mismo:

-Bien... ¿Os gustaría pasar un período de tiempo viviendo como lo hicieron nuestros antepasados, en una cueva?

Se oyeron murmullos discrepantes, y sobre todo de sorpresa ante una propuesta tan incoherente e inaudita, extravagante.

-Ya, ya sé que las dificultades y los imponderables son muchos – prosiguió-. Aunque debéis pensar en que sólo se trata de permanecer allí una corta temporada. En el fondo es algo parecido a una excursión de pocos días.

-¿Hay motivos concretos para hacer lo que propones? Has comentado algo sobre hechos de vital importancia. ¿Entre eso y lo de la cueva existe cierta relación? –preguntó una morenita de rasgos simpáticos, con cuerpo pequeño y bien proporcionado. Era la más joven del grupo.

El vampiro dudó, intentando concretar una respuesta satisfactoria, y que sobre todo eludiese su perorata inicial, consciente de que con ella había metido la pata:

-No... No hay nada especial en todo esto. Se trata sólo de una prospección que nos revele cuestiones sobre la convivencia en situaciones anómalas y dificultosas. No es más que eso –respondió.

-No acabo de comprender... –comentó la morenita, desorientada.

-Y estos dos hombres que no nos has presentado, ¿quiénes son y qué representan en esta reunión? –intervino una rubia alta, de rostro sobrio pero bello.

El joven cayó en la cuenta, pese a que había hablado unas cuantas veces por teléfono con ellos, e incluso en una ocasión tuvieron un encuentro personal en un bar, de que ignoraba los nombres de sus nuevos amigos. Inclino la cabeza a su derecha, donde estaba su novia, y le susurró al oído si sabía cómo se llamaban. Tampoco ella lo sabía. A su vez, a la derecha de la joven estaba sentado Pere Paranoias; entonces la novia del muchacho vampiro procedió con Pere del mismo modo que su amado había hecho con ella: la boca preguntó a la oreja los nombres de ambos. Paranoias la informó mediante un bisbiseo, también en el oído. Las chicas observaban un poco sorprendidas, pues imaginaban el motivo de tales actos, pareciéndoles inverosímil que de unos supuestos amigos no supiesen los nombres.

Por fin pudieron hacerse las presentaciones de rigor.

Al poco rato la conversación se volvió más prosaica, mundana, llena de comentarios insípidos. También eran frecuentes los cruces de

preguntas entre Pepito y Paranoias y las jóvenes, acerca de la familia, el trabajo, ilusiones, esperanzas, ambiciones, estado de salud, etcétera. Pere y Pepito a menudo se vieron en el compromiso de responder sobre su modo de vida actual, el cual precisamente no era muy típico y normal. Pero así y todo, fueron osados, y, con pocas contradicciones, resultó que eran primos segundos, provenientes de una familia de alta cuna con la cual discrepaban y por ello se habían lanzado a llevar una vida bohemia y poco convencional. Las muchachas comenzaban a estar encantadas con ellos.

En un momento determinado una de la chicas volvió al tema inicial:

-Clara, cuando me comunicaste que debía saber una cosa que resultaba fundamental para mí, y también para otras pocas personas escogidas, ¿a qué te referías? –Clara era el nombre de la prometida del joven vampiro. Respondió éste, pese a que la pregunta iba dirigida a su chica:

-A todas, una a una, os dijimos lo mismo –musitó-. Veréis... Sólo era una excusa para haceros ver nuestras intenciones, que son las de reunirnos y pasar una divertida temporada fuera de casa. Las incomodidades de vivir a lo rústico no serán tan grandes como podáis suponer, porque iremos bien pertrechados. Estoy seguro de que resultará genial, una aventura de la cual, con el tiempo, podremos contar gran cantidad de anécdotas.

-¿Habrá fiesta y jolgorio? –intervino la morenita.

-Todo lo que deseéis –añadió el joven-. Mis amigos, Pepito y Pere, han localizado una cueva que, bien acondicionada, es habitable. Incluso al lado corre un regato de agua potable. Debemos llevar sacos de dormir, linternas y comida en cantidad. El lugar, os aviso, carece de cobertura y no funcionan los móviles. En fin; poca tecnología, en plan silvestre. ¿Qué os parece?

Las chicas comenzaron a cuchichear entre ellas, subiendo paulatinamente el tono hasta que el frágil sonido inicial de conversación llegó a convertirse en una suerte de cacareo, debido a que no se ponían de acuerdo. Ignoraban las fechas concretas de semejante aventura, y tenían ocupaciones: dos de ellas estudiaban; la otra trabajaba. Además, eran muy jóvenes y pensaban que sus padres no las dejarían estar tanto tiempo fuera de casa. Finalmente la rubia hizo de portavoz y comunicó que posiblemente aceptasen pero que lo confirmarían más adelante.

Terminado el desayuno, pagaron y marcharon a pasear juntos, para intimar un poco.

En un momento no bien determinado, Paranoias dijo a las jóvenes que Pepito –una vez hubieran entablado una relación de gran confianza- les enseñaría una cosa que las dejaría encantadas, y que además podrían hacer uso de tal objeto como y cuando ellas quisieran. Le exigieron que concretase, que las había puesto en ascuas con tanto misterio, pero no lograron sonsacarle nada más.

Se despidieron con abrazos y besos en las mejillas en el transcurso de un ya cercano mediodía un poco nuboso y destemplado.

Regresaron a sus correspondientes hogares.

## A LA PUERTA DE LA FÁBRICA

(16-12-2008)

Después de consumir mi labor nocturna en la factoría de complementos para automóviles, salía cansado, con sueño y caminando cabizbajo.

Un tenue silbido hizo dirigir mi mirada hacia su sonora procedencia, y allí estaba ella, Clara, mi ex novia. Fui a su encuentro y dejé el macuto en el suelo, sobre la acera, antes de besarla en ambas mejillas.

-Tienes una cara que rebosa salud –dije, orgulloso de ella.

-Sí. Todo aquello es una pesadilla que quedó atrás. Vi a tu madre y hablamos largo y tendido. Me informó que has dejado de lado la vida disoluta que llevabas, y ahora trabajas. Cuando me dijo dónde estás empleado, le pregunté tu horario laboral, y decidí visitarte cuando acabases el turno. Lamento no caerle demasiado bien a tu madre; dice que yo hubiera podido ser tu perdición, que sin mí estás muchísimo mejor. Pese a todo no se negó a que pudiese verte. ¿Te molesta que haya venido?

-Todo lo contrario. Es bueno hallar a viejos conocidos y hablar con ellos, sobre todo cuando te sientes un poco deprimido. Realizar un trabajo rutinario durante ocho horas resulta agotador, y acabas la jornada pensando en cosas tristes. Mi nueva novia nunca ha podido venir a

esperarme como has hecho tú: coincidimos en que cuando yo salgo, ella va a su trabajo; y es una pena, porque se agradecen gestos como el tuyo cuando uno no se encuentra muy bien.

Cogí la bolsa y caminamos juntos hasta mi coche, en silencio, puede que un poco incómodos, sin saber qué decir: la ruptura de nuestro noviazgo aún fluía por la mente de ambos.

-¿Sabes? -reanudó ella el diálogo, para alivio mío, pues sentí que mi tensión nerviosa disminuía-. Todavía estoy con aquel chico tan majo y agradable del crucero. Pero no se trata de cómo nos van las cosas por lo que me he molestado en venir a verte; los motivos son otros: quisiera que tu nueva chica y tú os vinieseis, junto al grupo que hemos formado, una temporada a la montaña. Estamos acondicionando una cueva para hacerla habitable... No deseo que te pierdas un acontecimiento que va a resultar extraordinario.

-Es una extraña propuesta. De hecho no comprendo por qué te has acordado de mí en un empeño tan singular.

-Quizás es porque aún te quiero... No, no saques de contexto mis palabras; ya sé que amas a otra. -Y sonrió, enigmática-. Pero... has sido muy bueno conmigo y mereces una oportunidad.

-¿Oportunidad? -repetí, atónito-. ¿A qué te refieres?

-Pues... Cómo explicarlo... Digamos que cuando bajemos de los montes a la ciudad, el mundo no será lo que siempre hemos dado por sentado que debe ser.

-Me estás intrigando. Pese a todo, debo decirte que cuanto más hablas, más lejos quedas de convencerme.

La aglomeración de obreros producida por el cambio de turno en la fábrica se había disuelto y sólo Clara y yo quedábamos próximos a la factoría, junto a la verja corrediza de acceso, en pie ambos al lado de mi coche. El aire agitaba ramas y hojas de las plantas del jardín que embellecía el exterior del antiestético edificio industrial. Repentinamente, una ráfaga de viento persistente y violenta arrastró desechos vegetales, papeles, plásticos... Todos esos desperdicios se arremolinaron alrededor de nuestras figuras durante un rato; y justo ahí la luz del sol se oscureció, como si se hubiese producido un eclipse fugaz, casi imperceptible. Ella también se dio cuenta del efímero fenómeno atmosférico, ya moribundo. Hurgó en su bolso y sacó un mechero y un paquete de tabaco. Abrió éste y me ofreció; negué con la cabeza. Encendió un cigarrillo y aspiró con ahínco la primera calada.

-Puede que sea la única droga que tomo ahora –comentó-. También estuve una temporada sin fumar, pero el tabaco pudo más que yo y volví a caer en el vicio. Bien; la cuestión es que estoy hablándote en serio, y quiero que estés con nosotros esa temporada, porque te he querido mucho y mereces vivir.

-¿Vivir? Hablas de un modo que parece que vaya a acabarse el mundo. –Se puso pálida ante mi comentario, y susurró:

-Así es. El mundo se acaba pero no quiero que tú acabes.

En ese momento me tocó a mí empalidecer.

-Pero... Pero qué estás diciendo...



-Debo irme. Llámame antes de transcurrida una semana. Quiero que me confirmes tu presencia. No tomes a broma lo que te he dicho. Adiós.

-Adiós...

Marchó casi corriendo hacia donde tenía estacionado su coche. Entró en él dando un leve portazo, se ajustó el cinturón de seguridad e hizo un arranque nervioso que produjo una pequeña abolladura en la parte frontal de la carrocería, al rozarse con otro vehículo detenido delante del suyo. Desapareció entre ruidos lubricados de motor.

Separadamente las cosas nos habían marchado mejor, sin duda. Nuestras economías eran más boyantes y disponíamos cada uno de nuestro propio vehículo; ella al parecer se hallaba restablecida de su adicción a las drogas y yo hacía varias semanas que había reemprendido mis estudios, los cuales, debo confesar, no me iban demasiado bien a causa del desgaste producido por el trabajo. Los dos teníamos nuevas parejas y manteníamos una relación estable y certera con ellas –que se llevaba bien Clara con su novio, lo deducía por las pocas palabras que me había dicho al respecto-. Sí; haciendo un desglose racional, debía reconocerse que nuestra mejoría personal después de la ruptura era evidente.

Pero yo en aquel momento conducía en dirección a casa meditando sobre la poco ortodoxa conversación que habíamos mantenido. ¿Debía creerla y pasarme un tiempo refugiado en esa cueva? Parecía todo demasiado inverosímil e incoherente como para no ser cierto. Además, ella nunca se habría acercado a mí sin un poderoso motivo que la

impulsase a hacerlo. Debía hablar con mi chica y meditar juntos si era conveniente llevar a cabo tan extraña y singular experiencia.

## ÚLTIMOS DETALLES

(18-12-2008)

Pere Paranoias y Pepito jamás en su vida habían trabajado tanto como lo hicieron durante aquella temporada de remate existencial. Se puede decir que del barco sólo quedó la cáscara. Mediante una furgoneta que era conducida por Clara, trasladaron los útiles al pie de la montaña, y desde allí los llevaron a cuevas por el escarpado y escabroso sendero que guiaba a la cueva. La labor resultó ardua pero fructífera: incluso ya habían encalado una parte de la bóveda, para tener una sensación más cercana a lo que pudiera considerarse como un hogar. También colocaron paneles de madera y cortinas para compartimentar el lugar.

Eran diez. Todos -gracias a un gran alarde de persuasión llevado a cabo por el chico vampiro ante los que se mostraron reacios al principio- aceptaron la heterodoxa acción de refugiarse durante un mes aproximadamente. Formaban el grupo el hermafrodita, el joven vampiro y su novia Clara, las tres jovencitas, a las que se les expuso la cuestión de un modo muy impreciso, el ex compañero sentimental de Clara y su nueva novia, y por supuesto Pepito y Pere Paranoias.

Adquirieron quince baterías eléctricas de coche que les servirían para mantener bien iluminada la caverna, y una gran cantidad de linternas y de velas, junto a dos cajas, una llena de pilas, y la otra, de mecheros. Compraron hornillos de gas, también alimentos enlatados, como asimismo nutrientes conservados al vacío. Incluso colmaron de medicamentos y útiles de enfermería dos enormes botiquines, para casos de urgencias, sin que faltasen antibióticos. Los cálculos efectuados les decían que el material almacenado duraría más de un mes. Les fue justa la cosa: entraban de inmediato en el invierno; el disco solar apenas se dejaba ver y los días eran cortos, fríos, muchos de ellos nublados y lluviosos, estáticos.

Estaba todo dispuesto. Y por eso precisamente se hacían la gran pregunta quienes habían luchado por refugiarse en semejante lugar a sabiendas: ¿de verdad se acabaría el mundo? Ya no había marcha atrás, pero de todos modos siempre podrían tomarse la estancia en la cueva como algo diferente en sus vidas, una acción fuera de la rutina, en caso de que nada ocurriese.

Dado el visto bueno, se hicieron por teléfono las llamadas pertinentes para reunirse. Aquellos que conocían el asunto y tenían familiares, se despidieron de ellos un poco acongojados, sintiéndose cobardes y traidores ante los motivos de la separación. Pero todo el mundo no cabía en el refugio, pensaban un poco rastreramente, en menesteroso consuelo hacia sí mismos. También callaban porque no desestimaban lo que más temían: el que en realidad estuviesen haciendo el ridículo, por tomarse tan seriamente semejante improbabilidad.

Pertrechados con mochilas que sobre todo contenían mudas de ropa y elementos de higiene personal, descendieron del furgón. Apagaron los teléfonos móviles con la intención de conservar cargadas sus baterías, y ascendieron en fila india por el estrecho sendero.

Habían cuidado hasta el último detalle para la supuesta preservación de la Humanidad.

## CONVIVENCIA

(08-01-2009)

Tiempo llevamos conviviendo, con alegría y sin sobresaltos. Pepito tiene encandiladas a las jovencitas; están muy contentas con él. El día solar es corto y nos acostamos temprano porque se puede decir que siempre es de noche. A veces salimos de paseo por las montañas, alcanzamos sus cimas y al rato de contemplar los variopintos paisajes que nos ofrecen, bajamos a refugiarnos en nuestra prehistoria moderna para preparar el día siguiente.

Rememoro a menudo mi infancia, como si se entretuviera ella en explayarse ahora, cuando los adventicios seres portadores de almas están entre nosotros.

Fuimos a buscar agua el hermafrodita y yo, y me preguntó, cosa extraña porque nunca había hecho referencia a mis asuntos personales, si

tenía familia. Le dije que no, o para expresarlo mejor, mi respuesta fue que no sabía si la tenía.

-Paranoias, haz por buscar a los tuyos –le aconsejaste.

Cuando hizo tales comentarios, estábamos de regreso, con tres cubos llenos de agua. Me detuve, miré detrás de mí, a él, y dije:

-Si a Pepito no se le engaña, esto es el final, amigo. Nada resta que encontrar.

-No, no se le engaña. No soy del todo escéptico. Pero cabe en lo posible que se equivoquen quienes invocan el holocausto final. Me extrañé mucho cuando, poco antes de realizarla, me comunicasteis los motivos de la mudanza.

>>Observa: ¿ves la tierra?, ¿las plantas?, ¿el cielo plano de porcelana?, ¿las montañas de nueva piedra avejentada en estratos geológicos que perduran más allá de todo sentimiento de predicción? La vida sigue; el macizo oropel de lo inanimado, también. Somos nosotros el cambio; al resto no le queda ánima. Debemos danzar en la monotonía de los adversos venideros.

-Jamás lanzaste parrafada tan larga desde que te conozco; y además, singular, nada prosaica: casi poética y soñadora, cosa que me sorprende, pues siempre te he tenido por persona sujeta al pragmatismo.

-Lo que dices es cierto. Inconcluso quedo, salvo en desvaríos inmanentes a procesos degenerativos de la personalidad. Soy otro ser, y soy el mismo. ¿Sabes?; ayer tuve un sueño. Ese sueño era yo..., y el agua que calentamos para lavarnos, restregando esponja contra piel, suaves elementos en los que se ampara la dilección, la devoción de parecer puros

entre eternos sentimientos basculantes, como son el repudio y el acogimiento. En el segundo caso, sentirse acogido, la intención real es nobleza y claridad ante todos, rutilante espejo de lo que ansiamos ser: necesitamos que así nos vean, cuando la psique no carece de amor a sí misma... Me extravió... Mi intención es sólo decirte que en los últimos tiempos habéis aprendido a quererlos a vosotros mismos, Pepito y tú, y eso comporta que atraigáis a los demás. Ya no sois esa pareja que deambulaba rota, fraccionada por la sociedad y los pensamientos estériles.

Durante un instante, me pareció que mi amigo tenía alma de predicador. Dejé su sermón a un lado para comentar algo tan pueril como:

-A las mujeres no les gusta oler mal. Seguro que nos están esperando impacientes.

-Busca a tu parentela.

No dijo más. Recogimos del suelo los cubos, donde los habíamos depositado para mantener tan extravagante conversación, y reanudamos nuestros pasos, camino al refugio.

Recordé cuando de pequeño un profesor me dio una regañina, con el apoteósico colofón de un fuerte estirón en la oreja. Gesto tan acre y punitivo carecía de motivos reales. Pienso que aquel hombre, debido a algo ignorado durante toda mi vida por mí, me tomó ojeriza. El resultado de su acto fue un dolor intensísimo en todo el pabellón auricular. Llegué a casa llorando, sin otra opción, al verme de tal guisa, que la de contar la anécdota a mis padres. Creo que mis lágrimas eran debidas en realidad a

lo indignado que me sentía ante lo que consideraba como un gesto mezquino por parte del profesor. Mis hipidos, lamentos y secreciones salivares mezcladas con mucosidades debieron de ofrecer una lastimosa imagen a mis progenitores, pero yo no podía dejar de llorar. Mi madre intentaba consolarme, mientras mi padre se mostraba rabioso con el educador, a quien no paraba de maldecir. Al día siguiente mi padre me acompañó al colegio, y con extrema severidad reprendió al docente. El resultado fue positivo, ya que tal señor jamás volvió a ponerme la mano encima.

Yo odiaba a mi padre, por causas más inconcretas y subjetivas que reales, pero aquel día me sentí orgulloso de él, cuando lo vi discutir con fiereza, defendiéndome de mi agresor. En el transcurso de la disputa, el niño que yo era miraba con rencor y odio al profesor, a la vez que parecía advertirle: “¿Ves lo que has hecho? Tengo quien me proteja. No estoy abandonado, solo y desvalido como tú suponías”.

Y con el nacarado relieve de esas imágenes perdurando un instante, o inmóviles quizás en una fracción de eternidad, aquellos recuerdos de repente se derrumbaron como un edificio dinamitado, para pasar mi mente a analizar residuos de la memoria y de la razón, sobre un progenitor que siempre fue para mí un extraño: era introvertido, muy suyo, severo, duro, pero no tan malo en el fondo como yo entonces suponía. Mereció un final mejor que el que tuvo. Ahora ya es tarde. El pasado es inmutable.

Nos introdujimos en la cueva sorprendidos por el silencioso eco de nuestras propias pisadas. Pensamos que habían marchado todos, pero no.

Al fondo, en la bóveda, cuando apartamos la tabla de madera aglomerada que usábamos como puerta para impedir el paso de alimañas, nos gritaron las luces sus ensueños cromáticos.

Hacen cola para lavarse. A veces me cuesta entender que hayan aceptado semejante disparate, como es el hecho de vivir en tal estado, con tanta incomodidad.

En la gruta, tres concavidades, situadas a lo largo del pasillo que conduce hasta la zona acondicionada para vivir, han sido habilitadas, con mayor o menor fortuna, mediante pequeños ajustes de albañilería – piedras en lugar de ladrillos, y barro como mortero-, como fosas sépticas para casos de emergencia -huele mal el lugar-. Es muy duro tener que salir a la intemperie cuando el frío intenso se hilvana a la humedad. Tales condiciones meteorológicas se dan sobre todo en la noche; pero además del rigor climático, también es normal que nadie desee ir afuera a hacer sus necesidades cuando no hay luz natural, pues genera inquietud sumirse en una oscuridad agreste y peligrosa, de plena montaña.

¿Cuánto tiempo llevamos aquí metidos? Lo ignoro. La jovencita morena estuvo tres días con jaqueca y malestar en el vientre, tomando analgésicos. Ello era debido, supongo, a una menstruación complicada. También es posible que sea hipersensible a alguna de las sustancias producidas por cucarachas y murciélagos, criaturas que aquí abundan.

No nos quedó otro remedio que luchar contra esas asquerosas alimañas los dos primeros días de estancia en la bóveda, pues su mal olor y sus persistentes sonidos de crepitación, junto a sordos rumores,



resultaban insoportables. Eso fue nada más llegar; a partir de ahí se suman otros dos o tres días, puede que cuatro... ¿Casi una semana llevamos en la cueva? Es complicado guiarse bien en el tiempo, aquí dentro se pierde la noción. Viviendo de este modo, el recuerdo rebota en paredes que ni uno mismo sabía que se encontraban ahí metidas.

Lo de verdad seguro es que ya queda poco para el cambio de año. Ahora mismo verificaré la fecha en que estamos, porque ese día, el del fin de año, resulta clave para nosotros, no se nos puede escapar: saldremos todos a contemplar la puesta de sol que acontece entre montañas de piedra licuada e incandescente.

## RUTINA

(10-01-2009)

Jamás en la vida pensó Pepito que podría disponer de un harén. Semental de larga tirada, las muchachas sin pareja estaban contentísimas con él. Y él con ellas, claro; tanto, que ya no tomaba ansiolíticos para nada. La mayoría de su tiempo en la cueva lo dedicaba a fornicar como un poseso, con dedicación y esmero; casi un trabajo por turnos era. Los sujetos pasivos respecto a sus menesteres sexuales se alegraban de la buena convivencia que provocaba el ya rutinario placer de Pepito y sus concubinas.

En una tarde de relax sexual, vio Pepito que asomaban por el conducto de entrada Pere Paranoias y el hermafrodita, cargados con tres cubos llenos de agua.

La higiene resultaba fundamental para no hacer del refugio una porqueriza. Nuestro buen Pepito era consciente de semejante detalle y acudió a colocarse en la cola que se formó para realizar cada cual sus abluciones personales, tras haber calentado el agua en un hornillo de gas. Las reservas de butano eran más que suficientes para el tiempo de permanencia que se determinó como necesario; aun así, administraban el fluido energético con enorme cautela para no malgastarlo.

Se desnudó Pepito y parecía un trípode. No era recatado ni vergonzoso, y exhibía su descomunal verga sin el menor pudor. Los hombres lo miraban siempre con asombro, en tanto que las chicas se enjuagaban con lengüetazos la baba que les salía por las comisuras labiales. Una vez acabó Pepito sus quehaceres profilácticos, cedió su lugar a Clara, la cual, utensilios en mano, marchó para situarse detrás de una cortina, fuera de la vista de los demás, pudorosa. Tuvieron que realizar más viajes a la búsqueda de agua, hasta que todos quedaron bien limpios, pulidos.

La ropa sucia comenzaba a acumularse. Se decidió que en un día luciente, de sol resplandeciente que calentase un poco, harían todos los miembros del grupo su colada particular en el arroyuelo.

Era un discurrir apacible y tímido, sin sobresaltos, salvo el susto tenido durante el período en que la jovencita morena se puso enferma. Lástima que los enseres de supervivencia estuvieran destinados a

agotarse en algún momento, pues se hallaban todos tan satisfechos de este tipo de vida, que no dudarían en eternizarla. Pensar en que era algo transitorio, hasta el gran acontecimiento, les parecía un lastre, porque se encontraron con que habían dado con el tipo ideal de convivencia –esto sorprendió a todos-. La suerte quiso que no se topasen con las rencillas pasionales que suelen darse cuando cohabitan varios individuos.

Antes de iniciar la aventura se preocuparon por el entretenimiento y trajeron muchos juegos: dominó, parchís, cartas, ajedrez... Horas y horas pasaba con semejantes elementos de ocio el conjunto heterogéneo de personas que se hizo fuerte en la caverna. Además limpiaban con regocijo y ternura un lugar que, se evidenciaba, no era del todo habitable; pero conseguían vivir en él gracias al ambiente de camaradería que se había desarrollado.

Les resultaba muy gozoso el salir en grupo por los alrededores, si el tiempo lo permitía, y comer en alguna explanada que les servía de improvisado merendero.

Eran días tiernos, sosegados y a la vez sobrecargados de impulsos sexuales y de adrenalina desbocada. Algunos, osados y temerarios, cuando descendía de las cimas el grupo, bajaban ellos en carrera por abruptos desniveles atestados de guijarros sueltos que les hacían resbalar y trastabillarse e ir a dar con sus manos en el suelo, lacerándoselas. Tales caídas resultaban ser una desgracia menor, porque en ellas no pasaban de sufrir pequeñas heridas en las extremidades (el parar sus cuerpos con las manos impedía que saliesen rodando cuesta abajo, tal y como hacían las propias piedras entre sonidos sordos y ruidos de alegres guijos).

Poco a poco se consolidaba la expectación, el desasosiego de esperar: ya todos sabían que en un día determinado deberían contemplar el arrumaco casi sensual de una catástrofe divagante y áspera, fugitiva, sin duda incierta. Aparte de la lógica ansiedad, sentían ante ello un no sé qué de libidinoso, para nada deprimente; era como acariciar el vello de un pubis femenino, que te acoge y da calor, pero el ir más allá puede significar modificación y principio de un fundamento vital.

Todo eso significaba el día del cambio, y mucho más, sabiéndose mucho menos. Los hijos de los hijos de quienes se estaban gestando insuflarían un nuevo carácter al difícil arte de la convivencia, pensaban algunos, a través de una esperanza mezclada con cierta acritud, debida ésta a no saber con exactitud hacia dónde iban. Pero con obstinación y firmeza, llevarían a cabo lo correcto, sin titubeos.

Mano metafórica agitaba los dados del Destino –como parchís cansino, monótono, esquivo, que ejecutan cuatro amigos, al cobijo de la cueva metidos-: desatino imparcial se regodeaba en torcer caminos que más tarde confluirían hasta convertirse en el acontecer de una extraña furia, ajena ésta a los propósitos de aquellos que construían meditativos un presente benigno con intención de formar poso para unos agradables venideros -sustancia formada; vida orientada en presente, sin cuestionarse y hecha para satisfacerse; gozar y marchar, operando en ausencias abstraídas: laberintos de equívoca salida extravían al porvenir.

Los días se desglosaban implacables, y el supuesto advenimiento que cambiaría el futuro ya quedaba muy cerca.

Cerrado el otoño, los primeros días del invierno aleteaban indecisos y minúsculos.

## FINIQUITANDO

(12-01-2009)

Se le comunica al lector que sólo quedan dos episodios novelescos. En el primero de ellos el grupo ascenderá a la montaña más alta de la zona para contemplar el fin del mundo tal y como lo conocemos; en el siguiente y último, descenderán del monte para internarse en los núcleos poblados.

Cerca de la ciudad encontrarán nuestros héroes una rutina vital -¿se equivocaron los hados?-, que sin embargo será diferente a todo lo visto con anterioridad.

Alguien ya conocido por el lector invitará a nuestros amigos a que le sigan.

Todo universo gira; y los soles, quizás, no siempre se ponen por el poniente.

A estas alturas, no se le escapa a nadie que la obra no tiene más pretensiones que las de entretener y divertir; siempre, por supuesto, en lo posible, o sea, en lo que puede dar de sí el limitadísimo autor.

Ha surgido una anécdota entretanto avanzábamos en el libro, que considero reseñable: se trata de la rememoración paterna dada en Pere

Paranoias. Hemos atisbado un tenue hilo de su pasado mediante un recuerdo intrascendente (el tirón de orejas del profesor) que nos dice poco, pero precisamente por eso, por surgir como mero suceso sin más, queda la sensación de que hay depositadas en las proximidades del libro inmensas vetas literarias sin explorar.

Dando conformidad a lo citado en el final del párrafo precedente, me mantengo en la opinión de que indagar demasiado en el pasado de los personajes diluiría la precisión de los engarces narrativos.

Por último, añadiré que el modo de relatar llevado a cabo en interpolaciones como ésta, quedando ellas fuera de la trama, es más propio de otras épocas; pero, debo advertirlo, la intención principal al trazarse este libro fue que no hubiese ningún tipo de traba, ni estética, ni temporal, ni argumental. Se ha escrito lo que se ha escrito porque el autor ha querido gozar, y perseguir con ello un propósito último: deleitar al lector. Los medios y formas por conseguir todo esto carecen de importancia y resultan superfluos.

Degustemos el último trozo del alimento bien condimentado que nos representa a todos esta grande historia.

## NOCHE DEL FIN DEL MUNDO

(13-01-2009)

Llegó el día y nadie tenía miedo.

Iba a anochecer y hacía un frío de mil demonios, seco y apático, contundente. Todos se ajustaron los abrigos, los gorros de lana y los guantes de piel; se pertrecharon con linternas y llenaron de agua dos cantimploras. Salieron del refugio en esos instantes en que los sonidos de la tarde se magnifican, excesivos y densos, debido a la carencia de impactos visuales. A semejantes horas emanan de la tierra olores que fosilizan el presente, y al individuo lo calan de realidades inconcretas y volátiles, enquistadas en la quimera.

Había tensión general, tanta, que parecía crepitar. La jovencita rubia -en su mente la idea de estar llevando a cabo una auténtica estupidez- iba a exclamar un reproche, pero la voz de Paranoias se le adelantó:

-Éste es el camino que nos conduce a la cima de la aguja. Sigámoslo -dijo.

Obedecieron y se incorporaron en la estrecha vereda guiados por un irracional sentimiento, muy profundo, animal, pero propio de la esencia humana. Cada tanto paraban para hacer recuento: nadie se perdió, y llegaron, ya a oscuras.

La cumbre, azotada por el viento, por el frío de la noche sin techo, y por la soledad, abarcaba una perspectiva amplia. Al fondo, en la llanura, se distinguían las luces de las urbes.

Paranoias ordenó hacer un corro, no demasiado próximo al precipicio, por si acaso.

Comenzaron a conversar para darse ánimos los unos a los otros; pero paulatinamente fue caldeándose el ambiente hasta llegar a una fuerte

discusión motivada por dos opiniones opuestas: si se trataba del fin del mundo tal y como lo conocían, o si en realidad les habían tomado el pelo. Por fin, gracias al poder de convicción de Paranoias, se impuso el supuesto de que sí cambiarían las cosas.

Sólo restaba esperar.

Había salido la luna, con su color hueso fosforescente, y pareció indicarles que se acomodasen y contemplaran cómo iba a devenir el instante final. “Es la hora”, dijo Paranoias echando un vistazo a su reloj digital de pulsera, hurtado en un bazar chino. Entonces las miradas se dirigieron con avidez hacia la miríada de ojos luminosos de las grandes ciudades, titanes focales, que a sus pies se desparramaban.

Nada ocurrió, excepto que durante unos segundos se extinguieron las luces de allá abajo..., y en seguida volvieron a encenderse –nadie observó que las estrellas titilaron sincronizadas justo mientras se daba el efímero apagón urbano-. “Es posible que estuviésemos equivocados”, dijo el muchacho vampiro, un poco decepcionado. Y allí, en el pico más elevado del lugar, ante el desencanto de no haber contemplado algo maravilloso, se entabló una disputa saturada de ofensas y algún que otro insulto, sin que se llegara a parte alguna. Inmersos en la saña del instante, no pensaron en que quizás habían vivido las jornadas más hermosas de sus vidas.

El cataclismo no tuvo lugar, y en el fondo debía resultar consolador, pero la indignación que todos sentían al pensar que habían hecho el idiota los conducía a una rencilla que no parecía tener fin.



Una vez se desahogaron, concluyeron que lo mejor era volver a la cueva, tomando muchas precauciones porque la oscuridad era total, peligrosa, y corrían el riesgo de perderse.

Al día siguiente, de buena mañana, visitarían la ciudad más cercana.

Pese a haberlo pasado bien, sentían que ya necesitaban cambiar de aires y tomar contacto con personas distintas a ellos mismos.

## FIN Y COMIENZO

(14-01-2009)

Una pequeña área quemada, con olor a caucho chamuscado y negros restos de hierros retorcidos, indicaba el lugar donde dejaron la furgoneta.

Y entraron en zona poblada, una urbanización a las afueras de la urbe. Un sol díscolo recién aparecido, apretado entre algunas nubes, ausente a los sentidos y sin calor, expulsaba a lo lejos las sombras.

No lo sabían, pero ellos eran el desencanto y la esperanza, el miedo y el arrojío, el biello en garabato de un manantial de tinta que se agotaba. Intensa soledad devolvía ausencia de sí misma; no se topaban con otras personas. El inusual hecho no los sorprendía del todo, les resultaba relativo, pues aún albergaban cierta idea de que podían encontrarse con situaciones extrañas, pese a que nada sucedió la noche anterior.

Cuando hubieron recorrido múltiples recovecos del lugar, se apiñaron, depositaron las mochilas en tierra e iniciaron una fluida conversación sobre lo que parecía evidente: no existía vida humana. Eran los únicos; los últimos y los primeros.

De repente los engarces se pusieron en marcha..., y divisaron a un señor que se dirigía hacia ellos. Contemplar a un hombre que camina es algo muy usual, pero en el grupo produjo gran conmoción, pues suceso tan baladí les demostraba que eran los supervivientes de... nada.

La jovencita morena, persona expeditiva y contundente, se separó del resto unos metros para expresar las siguientes palabras, dirigidas al desconocido:

-Buenos días, señor. ¿Puede decirme qué ocurre?, ¿por qué no hay nadie en el barrio, excepto usted?

La apariencia del individuo resultaba chocante: sólo lo cubría una túnica tan blanca como su melena y su larga barba. Ignoró a la joven y al grupo y siguió su trayectoria en silencio. Todos lo contemplaban, atónitos por su apariencia y su actitud. Vieron que se detenía en el portal de un pequeño chalet unifamiliar, donde descubrieron a una señora que aparentaba tener, más o menos, la edad del extraño personaje. Todo indicaba que lo había estado aguardando. Cruzaron entre sí unas palabras ininteligibles para nuestros amigos, bien por la distancia, bien porque les parecía que hablaban una lengua extranjera. Al cabo de poco tiempo se introdujeron en la vivienda.

Semejante conjunto de anomalías los animó a visitar la ciudad. Debían asegurarse de que todo era como antes de convivir en la caverna.

En la primera bocacalle de la villa, Clara puso en funcionamiento su teléfono móvil pensando que allí con toda seguridad tendría cobertura. No recibió ningún tipo de señal de onda.

Nuestros amigos empezaban a considerar seriamente que algo, cualquier cosa posible, o hasta imposible, había acontecido.

Recorrieron calles y llegaron a una zona céntrica. Pudieron comprobar que también allí había cambios; pero resultaba complicado discernir, aparte de no hallar a persona alguna, qué les parecía distinto a antaño, a antes de albergarse en la caverna.

El hombre y la mujer vistos en la urbanización no eran individuos de características normales, resultaba evidente, lo cual aumentaba el desconcierto entre nuestros amigos.

Durante un buen rato permanecieron sentados sobre sus mochilas; habían caminado mucho y se sentían fatigados, inmersos en una ciudad áspera y desolada; pero menos pesoso era el cansancio que el hecho de no saber cómo conducirse.

Reanudaron la marcha con el objetivo de indagar en la parte central de la urbe desierta y fantasmagórica.

Súbitamente, aparecidas de la nada, comenzaron a pulular muchas personas por toda la zona. El impacto fue enorme; más todavía cuando se apercebieron de que vestía el gentío trajes de épocas muy disímiles: incluso los había que portaban armaduras. No podían comprender las palabras que tales individuos proferían, cuando se daba el caso que se detenían para charlar entre ellos. Por fonética, distinguían varios idiomas en las múltiples voces que escuchaban. Pese a lo sorprendente de la

situación, lo que de verdad les impactaba era la absoluta armonía reinante.

-Quedémonos quietos. Puede tratarse de una alucinación colectiva, pues no parecen vernos -comentó el muchacho vampiro, en tanto aquella inusual gente hacía cosas de una rutina implacable, como por ejemplo, el portar las señoras una cesta llena de verduras.

También transitaban vehículos inarmónicos temporalmente, desde modernos coches hasta carros tirados por bueyes.

Mutaron sus vestimentas de modo casi imperceptible, y pasaron a adoptar todos una indumentaria común, así, sin más, y era que, como por arte de birlibirloque, quedaron cubiertos por unas simples hopalandas similares a la del primer personaje que vieron.

-O algo está ocurriendo aquí fuera, o algo está ocurriendo dentro de nosotros -aventuró Pere Paranoias, boquiabierto como sus compañeros.

De repente cesaron tales imágenes, se deshizo todo como pompas de jabón, dejando incluso estelas de humedad en el suelo. El miedo comenzó a enraizarse en el grupo. Las chicas gimieron asustadas, histéricas...

Y allí estaba ella.

El joven vampiro no dudó en retirarse de sus compañeros, acudiendo a su encuentro y gritando: “Abuela, abuela... Tú podrás explicarnos lo que ocurre, ¿verdad?” No le hizo falta desplazarse mucho, porque como si levitase se acercó ella al lugar donde estaban nuestros amigos. “Claro que puedo explicarlo. Es más: resultan válidas todas las hipótesis. Aunque es preferible que quedéis sumidos en la ignorancia”,

dijo la anciana. “Te contradices, abuela.” Como si no hubiese escuchado a su nieto, prosiguió la señora: “Tú, hijo de mi hija, mi niño, y todos vosotros en definitiva, venís al encuentro de vuestros predecesores”. “Pero abuela, ¿estamos muertos?” “¿De qué te alimentaste, mi niño, allá en la cueva? Estáis muertos pero no lo estáis. Lo que puedo garantizaros es que no tenéis vida, tal y como hasta ahora la habíais concebido. Aunque no importa, porque es el fin y el principio; es el tiempo que se dilata y sin embargo no transcurre. Es, en definitiva, un saludo postrero, y podéis elegir. No es la estaca en tu corazón: tu corazón se clava en ti. Bienvenidos o adiós; siempre queda opción. No asustaros de lo que observéis o de lo que pudierais ser. La vida y la muerte, en definitiva, siempre están vinculadas, y tienen carácter teleológico...” “No hables más, abuela, serían circunloquios innecesarios.”

El joven vampiro echó un vistazo hacia atrás, a sus compañeros, y dijo:

-Vayamos. La fiesta acaba de empezar. -Y todos lo siguieron, a él y a su abuela.

Quedaron tranquilos porque supieron que no necesitaban comprender.

(Este libro ha sido revisado en Gavà, entre el 08-04-2013 y el 18-01-2014)

(Últimos ajustes de la obra: del 17-10-2015 al 21-11-2015)